

V

Afuera de la hostería llovía y el viento soplaba fuerte del sudeste, lo que equivalía a un pésimo comienzo de fin de semana largo. Lo único positivo de aquel escenario era que no hacía frío, por lo que si en algún momento cesaban las precipitaciones se podía salir a concretar un plan un poco más divertido que permanecer encerrado entre cuatro paredes, como se encontraban Franco y Pedro, quienes desayunaban los dos solos en el restorán de un desierto Solar del Bosque. Y si bien las gotas líquidas mezcladas con granos calcáreos golpeaban el sucio cristal de los ventanales del frente, lo que presagiaba que el clima no iba a mejorar en el corto plazo, estos viejos amigos no perdían fácilmente la esperanza de que dicho cambio fuese posible, al tiempo que aguardaban la llegada del resto de los visitantes que ya habían confirmado su presencia.

En el caso de Pedro, éste había decidido concurrir solo a la reunión, sin su mujer e hija, y acababa de llegar esa mañana de jueves tras una viaje en colectivo que se demoró más de lo habitual por el mal clima que había incidido de manera directa en un mortal accidente vial que, su vez, derivó en que el tránsito en la ruta fuese cortado durante varias horas de la madrugada hasta que con los primeros claros del amanecer los bomberos lograron retirar los cuerpos de las víctimas y los vehículos siniestrados de la calzada resbaladiza.

Pedro tenía un auto propio pero este era mayormente utilizado por su mujer, quien se encargaba de llevar y traer a la nena del jardín e ir al supermercado, mientras él se pasaba todas las mañanas y las tardes trabajando sin moverse del estudio contable. Además de estas circunstancias, el hombre prefería no conducir porque le generaba demasiado estrés, por lo que solía viajar, siempre y cuando fuesen destinos no muy lejanos, en micro y durante la madrugada para poder dormir y no agotar sus energías.

Pero esta vez, debido al temporal y el accidente no había pegado un ojo en casi todo el trayecto desde la Capital Federal hasta Pinar del Este.

La cocina estaba vacía y Franco se había encargado en persona de preparar el café con leche y las tostadas de pan lacteado, las cuales acompañó con manteca, mermelada de durazno y dulce de leche para él y el visitante recién llegado, con el que se encontraba sentado a la misma mesa doble, donde Pedro ojeaba el diario, mientras que en la pantalla de televisor colgado de una de las paredes laterales, cerca del mostrador, se veía la señal de un canal de noticias que transmitía la declaración indagatoria del vicepresidente Armando Bourdín en el juicio oral por la apropiación ilegal de la imprenta Caccioli, lo que en los medios periodísticos se denominó “Caso Caccioli”.

Esta causa por corrupción era inédita ya que nunca antes en la historia del país un vicepresidente había sido sometido a juicio pero no iba a ser la primera ni la última que salpicaría al Gobierno Nacional. Resistido desde el inicio de su gestión por los militantes del entorno más cercano a la Presidencia, Bourdín quedó prácticamente solo, o con un escaso apoyo, a la hora de someterse ante la Justicia ya que los principales acusados de haber montado la maniobra ilícita eran empresarios amigos suyos. Tampoco era el primer gobierno que quedaba bajo las sombras del envilecimiento político nacional; sin embargo, este caso iba a ser el principio del fin de este funcionario que, a pesar de haber tenido una carrera con raíces distintas a las del resto del gabinete, ya había sido ministro de Economía.

La pantalla mostraba a un Bourdín avejentado, lejos del perfil *rockero* y motoquero de sus comienzos como funcionario, y si bien la emisora sintonizada sostenía que estaba transmitiendo la declaración completa, en realidad, la editaba según sus propios intereses, como los demás canales de noticias como, por ejemplo, la señal

estatal que suprimía los dichos que podían resultar perjudiciales para el acusado en tanto que los privados les restaban aire a las manifestaciones que lo favorecían.

-Como ayer el tribunal no le permitió a nadie transmitir en vivo y en directo, los canales pasan hoy la declaración, lo que me parece al pedo porque ya salió en todos los diarios –opinó Pedro tras cerrar sobre la mesa el matutino a color que había manchado sus dedos con tinta.

-Además -intervino Franco-, es feriado y la gente está con la cabeza en otra cosa.

-Lo que pasa es que hay que hacer propaganda. Fijate que cada canal pasa lo que más le conviene a ellos. Al final, son todos iguales, los que están a favor y los que están en contra.

-Es de no creer, ¡eh! -expresó Franco, distraído y con la mirada clavada en el ventanal delantero en vez del televisor.

-Lo que yo no puedo creer es que este tipo llegó a juicio sin haber tenido la mínima decencia de pedir licencia o renunciar a su cargo.

-Y... debería de haberse hecho a un costado. Digo, para no salpicar a los demás funcionarios.

-Parece que en el Gobierno no quisieron soltarle la mano porque si lo hacían caían todos.

-Ahora me pregunto, ¿este tipo realmente piensa que va a probar su inocencia haciéndose el distraído, diciendo que él no sabía nada?

-¡¿Cómo no va a saber nada si era ministro de Economía?! Sabe todo, pero no lo va a decir.

-La verdad, ya no me importa lo que tengan para decir estos tipos. Son todas mentiras.

-Igual, da lo mismo si lo condenan o no porque no va a ir preso. Lo único que vale la pena es que al menos se convirtió en un cadáver político.

Pedro dio un sobro largo de su café con leche, observó la pantalla del televisor unos momentos más y luego sonrió.

-¿Sabés lo que más bronca me da, Fran?

-No –respondió un Franco que acababa de tomar el diario que había dejado su amigo y ojeaba las páginas de la sección deportiva.

-Que al forro ese de Ferrari lo conozco. Íbamos juntos al colegio. O sea, salimos del mismo lugar y mirá a donde llegó cada uno.

-¿Y quién es Ferrari?

-Un asesor de Bourdín. Y a pesar de que siempre estuvo bajo sospecha en esta causa, nunca lo imputaron y ahora es el bendito representante del país ante el Banco Mundial.

-¿Y cómo llegó hasta ese lugar?

-Qué se yo. Muy probablemente lo obtuvo como un premio a su silencio cómplice.

-Seguro.

-Si el tipo siempre fue un tarado.

-Entonces tuvo suerte.

-Mucha. Porque en el colegio era el más tonto de la división. En serio.

-Vos lo decís de envidia.

-No. Para nada. Todos lo jodían y él ni siquiera se sabía defender. Impresentable.

-Ajá.

-Una vez, yo salí con su novia, que era compañera nuestra también. Y un día la llamé a la casa y ella me dijo que no podía hablarme porque estaba con Ferrari.

-¿Entonces?

-Le dije: `Pasame con él que le explico como viene la mano`.

-¿Y?

-Ella me lo puso al teléfono y le dije: `Mirá, yo estoy saliendo con tu novia, así que quiero hablar con ella`.

-¡No te la puedo creer!

-Te juro que el tipo era tan tarado que te permitía hablarle así.

-¿Y él que te dijo?

-Nada.

-¡¿Cómo nada?!

-Le pasó de vuelta el teléfono a ella y me puse a hablar con la mina.

Tranquilamente.

-¡Ah, bueno!

-Yo, en su lugar, corto el teléfono y voy a buscar al tipo que quiere salir con mi novia y lo cago a trompadas. ¿O no?

-Yo hubiera hecho exactamente eso.

-Tal cual.

-¿Y la mina que hizo?

-No mucho. Le cortó a él pero tampoco me volvió a dar bolilla a mí.

-Qué historia de mierda –bromeó Franco, quien tomó el control remoto para cambiar de canal y sintonizar alguna señal que resumiera el partido de fútbol de la noche anterior, aunque Pedro se lo impidió porque seguía interesado en el Caso Caccioli, en el que Ferrari era el único de los sospechosos que militaba en la agrupación política que respondía a la Presidenta, quien atravesaba los últimos meses de su segundo

mandato y había visto fracasar su intento de modificar la Constitución Nacional para derogar la Ley que impedía tres presidencias consecutivas.

-A esta mina no le importa nada de nada. A fin de año deja la Presidencia y se va a ir a disfrutar de sus miles de millones que tiene guardados en los bancos del exterior. No va a perder ni un segundo de sueño si a su vice lo condenan o no.

-¿Vos creés? Pero si a él lo condenan, para la gente ella también es responsable porque le dio los cargos, Pedro.

-Creéme Fran cuando te digo que la carrera de esta mina no está para nada acabada. Cuando se vaya va a esperar agazapada a que a su sucesor le salga todo mal, que el país se haga pedazos y así ella vuelve a los cuatro años como la salvadora y asume un nuevo mandato y, si puede, otro consecutivo, que sería el cuarto y el récord absoluto en la historia política del país.

-Para mí no le dan los años ni la salud –indicó Franco-. Es una mujer muy enferma.

-Puede ser. Pero creo que la única manera que esta mina de por terminada su carrera política es si se muere, como le pasó al marido.

-Ojo con desearle la muerte, eh.

-No, che. La muerte no se la deseo a nadie. Además, con el marido me pasó que me alegré cuando falleció y enseguida, apenas vi como era ella sola, entendí que él había sido mucho mejor presidente que su mujer y terminé arrepentido de haberme puesto contento.

-¡Perdonanos! –chicaneó Franco mirando hacia arriba y alzando las manos como en una plegaria.

Según la Justicia, el licenciado Bourdín era amigo desde su adolescencia del empresario Julio Carminatti, con quien habría adquirido “la firma quebrada y monopólica” Caccioli a través de la sociedad T&H y de otro empresario, Andrés Vandenburg, “con el objetivo de contratar con el Estado Nacional la impresión de billetes y documentación oficial”. El vicepresidente, que al momento del hecho era ministro de Economía, fue imputado de haber aprovechado su condición de funcionario público y acordado, junto a Carminatti a los hermanos Néstor y Hugo Caccioli, dueños originarios de la imprenta; y Gastón Raincoat, yerno del primero de ellos; “la cesión del setenta por ciento de la empresa a cambio de la realización de los actos necesarios para que la firma pudiera volver a operar y contratar con la Administración Pública”.

“Bourdín habría tenido injerencia directa, presenciando las reuniones para la adquisición junto al jefe de Asesores de la Dirección General Impositiva (DGI), Roberto Bremen, en el trámite de un plan de pagos ilegal”, afirmó la Fiscalía en su requerimiento de elevación a juicio. “Asimismo, el vicepresidente habría intervenido, a través de personas interpuestas, en los actos necesarios para el levantamiento de la quiebra con el objetivo de obtener el certificado fiscal para contratar con el Estado Nacional”, añadió.

Al momento de la adquisición de Caccioli, la emisión de billetes del Tesoro Nacional era insuficiente, por lo que un día después que la Justicia decretó la quiebra de la mencionada imprenta, la DGI se la ofreció al Estado para que continúe con dicha actividad. Esto quedó documentado en un memorándum firmado por Bremen y en el que éste aseguró que los hermanos Caccioli buscaban la aprobación de un plan de pagos para levantar la bancarrota.

Por entonces, la firma T&H no había tenido ninguna actividad y contaba con un solo empleado, mientras que Raincoat tenía un amigo, Martín Benegas, que conocía a

Bourdín y Carminatti desde la infancia y que se ofreció de intermediario para que ambas partes se pusieran en contacto.

“Bourdín y Carminatti se habrían interesado en el negocio que implicaría adquirir Caccioli y lo habrían materializado a través de T&H ya que permitía el anonimato de sus verdaderos dueños debido a que dicha firma estaba integrada por sociedades extranjeras que emitían acciones al portador”, afirmó la acusación.

Pero como el entonces ministro de Economía no podía concretar esa adquisición por su condición de funcionario gubernamental y Carminatti tampoco porque su relación con Bourdín era de conocimiento público, estos dos recurrieron a Vandenbrum, un allegado a ambos pero con lazos difíciles de probar y quien actuaba como representante de T&H.

Para la Justicia, en el marco de las negociaciones, Bourdín y Carminatti se habrían reunido en “al menos dos ocasiones” con los hermanos Caccioli, mientras que Vandenbrum y Carminatti lo hicieron una vez más, todo en un lapso de tres meses.

Y la principal consecuencia de estas reuniones personales fue, para los acusadores, que “T&H adquirió la mayoría accionaria de la imprenta Caccioli” a partir de un acuerdo que “consistió en la cesión del setenta por ciento de esta empresa, incluidos los títulos de créditos de varios acreedores, a cambio del levantamiento de la quiebra, de la aprobación del plan de pagos de la deuda fiscal, de la inyección de capitales para recuperar su productividad y del pago de cincuenta mil dólares mensuales a cada uno de los dueños originales por el *know how*”.

“Una vez que se concretó la operación se habría puesto en marcha el salvataje de la empresa para finalmente contratar al Estado Nacional para la impresión de billetes”, sostuvo la imputación.

Respecto de dicho “salvataje”, los investigadores dieron por probado que, en primer lugar, las partes obtuvieron, a través de Bremen, el aval de la DGI, el cual resultaba imprescindible para el levantamiento de la quiebra. Y lo que llamó la atención fue que este ente regulador cambió su posición sobre el caso en apenas cuarenta y cinco días, tras lo cual, se presentó en el expediente manifestando su voluntad de otorgar un plan de pagos.

Curiosamente, dos semanas después de la venta de Caccioli, la DGI manifestó ante la Justicia su “conformidad” para el levantamiento de la quiebra a cambio de la aceptación del plan de pagos propuesto y 48 horas más tarde cursó una nueva comunicación en la que expresó su “apoyo incondicional” a levantar la bancarrota. Y antes de fin de mes, los Caccioli dieron al juzgado su visto bueno para que Vandenbrum, en representación de T&H, sea el cesionario de los créditos de la imprenta aunque éste no precisó que, además, se convertía en el dueño del 70 por ciento de la firma.

En segundo lugar, T&H depositó en el expediente de quiebra un total de 575.000 pesos en concepto de honorarios impagos a la sindicatura a cargo del contador público Alberto Herrera y otros 1.900.000 en la cuenta del fuero comercial, y así finalmente se levantó la quiebra. ¿De dónde salió todo este dinero? Para los investigadores el origen de esos fondos fue un gran misterio y algunas pistas apuntaron a un empresario conocido de Bourdín, Carminatti y Vandenbrum.

Sin embargo, T&H tuvo que sortear otros obstáculos para tomar posesión de la imprenta ya que el síndico le había otorgado el arrendamiento de la planta a otra firma: Volt S.A., cuyos dueños estaban vinculados a líderes políticos de la oposición al Gobierno Nacional. Por ello, Carminatti se reunió con el propietario mayoritario de esa empresa ante quien dijo ser “representante de Bourdín” y que si no abandonaba la

imprensa iba a tener “serios problemas” con la DGI y en posibles contrataciones futuras con el Estado. Y, casualmente, antes de fin de ese año, Volt fue sancionada por la Subsecretaría de Comercio de la Nación que dispuso el cese del contrato de arrendamiento de la planta de Caccioli.

Mientras tanto, Bourdín aparentemente interrumpió una licitación para el autoabastecimiento de billetes que tramitaba en el Tesoro Nacional dependiente del Ministerio de Economía con la finalidad de que Caccioli sea contratada por el Estado. De todos modos, a estas alturas, a la resurgida imprenta aún le faltaba el certificado fiscal para obtener el contrato estatal, por lo que en la DGI se activó el trámite correspondiente para otorgarlo. Entonces, como medida inicial, se dio curso al plan de pago con quita de intereses, multas y honorarios, y luego Bremen elevó un dictamen al director del ente impositivo, Rubén Echeverría, en el que sostuvo que “era menester obtener la opinión del Ministerio de Economía respecto del temperamento que debía adoptarse”.

Diez días después del envío de ese dictamen, Bourdín respondió a Echeverría, vía nota formal, que si bien no era de su competencia pronunciarse sobre el caso Caccioli, “la concesión del plan de pagos se correspondía con las políticas generales del gobierno”. Entonces, Bremen dictaminó a favor de conceder la forma de pagar propuesta.

Sin embargo, Echeverría no aprobó en aquel momento el plan de pagos por entender que no se “ajustaba a derecho”, por lo que Caccioli no pudo conseguir entonces el certificado fiscal y sólo se dedicó al negocio privado de imprimir boletas del partido de Bourdín para las elecciones del año siguiente en las que éste se postuló a vicepresidente y finalmente ganó.

De acuerdo a la Justicia, “este negocio se habría desarrollado sin la intervención del síndico de la quiebra ni del gerente administrativo de la empresa, quienes habrían desconocido los términos del acuerdo debido a que no existió un contrato escrito”.

Recién cuando Bourdín asumió su nuevo cargo como vicepresidente de la Nación, Vandenbrum presentó ante la DGI un nuevo plan de pagos el cual fue finalmente aceptado por el director Echeverría, quien le otorgó el certificado fiscal a la imprenta.

Pero antes de esta aprobación ya había comenzado una negociación en la que Vandenbrum se presentó ante el Tesoro Nacional para ofrecer la impresión de los billetes demandados. Por ello, cuando se le dio el visto bueno al segundo plan de pagos, la nueva Caccioli y el Tesoro firmaron rápidamente un contrato en el que se acordó la impresión de 450.000.000 billetes, por los que el Estado abonaría el 58 por ciento del precio neto por millar más intereses.

Al presentar sus argumentos en la apertura del juicio oral, la postura de la Fiscalía fue contundente: “Bourdín y Carminatti poseen un fuerte vínculo de amistad que data desde su infancia, cuando iban al mismo colegio y al mismo club de rugby, e, incluso, realizaron varios viajes de placer juntos”, sostuvo el representante del Ministerio Público, Juan Martín Campanello, quien casi quedó afuera del proceso porque desde la Procuración General de la Nación -cuyo tinte oficialista lo había llevado a querer evitar a toda costa la realización el debate- lo suspendió de sus funciones mientras lo sometió a un *Jury* que finalmente no prosperó por falta de fundamentos.

Para Campanello, la relación entre el vicepresidente y el empresario fue reconocida públicamente por el primero de ellos en distintos medios masivos de comunicación y en sus distintas declaraciones incorporadas al expediente. El fiscal

también sostuvo que estos dos imputados tenían una relación comercial en al menos dos sociedades que Bourdín declaró como propias y, además, que existían otras personas relacionadas a estas entidades como Ferrari, respecto de quien indicó que debió haber estado sentado en el banquillo de los acusados al igual que Echeverría.

“Del expediente surge claramente el vínculo social y comercial que une a Bourdín y Carminatti, lo que denota el nivel de confianza que existe entre ellos y la forma en que llevan a cabo sus negocios, compartiendo total o alternativamente accionistas, directivos y domicilios sociales. Incluso, ello se encuentra verificado por la cantidad de llamadas telefónicas existentes entre ellos”, afirmó el fiscal y precisó sobre los cruces telefónicos que el celular del empresario quedó detectado “unas mil doscientas quince veces en la antena correspondiente a Casa de Gobierno, que es la misma que la del Ministerio de Economía”.

Sobre la relación Carminatti-Vandenbrum, Campanello dijo que se trataba de un vínculo “de amistad y laboral”, el cual fue reconocido por el segundo de ellos en sus declaraciones públicas y vertidas en la causa. “En primer lugar, Carminatti fue novio de una prima de Vandenbrum que ingresó como empleada de la Administración de Seguridad Social (ASS) cuando Bourdín era el titular de la misma. Y en segundo lugar integró varias sociedades con diversas personas, entre ellas, Sebastián Manrique, quien había concurrido al mismo colegio que Bourdín y Carminatti, después se vinculó comercialmente con Vander Brum y terminó siendo accionista de T&H”, indicó.

Según el fiscal, Bourdín y Carminatti eran los “verdaderos dueños” de T&H, mientras que Vandenbrum se trataba de “un empleado de ellos dos que cumplía el rol de persona visible del negocio”. Además, señaló que este último compró varios pasajes aéreos a nombre de dicha empresa, los cuales fueron utilizados por Carminatti para ir con él al exterior con la excusa de atender negocios aunque, en realidad, eran viajes de

placer. “Y lo que no resulta un dato menor es que en la investigación quedó acreditado que la agencia de turismo a la que le compraban los pasajes era propiedad de Carminatti”, sostuvo Campanello y agregó que los cruces de llamados detectaron estos dos acusados se comunicaban diariamente y con “mayor frecuencia en las fechas claves del devenir de la maniobra investigada”.

En cuanto el vínculo entre Vandenbrum y Bourdín, el fiscal describió la existencia de “intereses recíprocos” entre ambos y resaltó que el primer de ellos actuó como un “presta nombre” con el objetivo de “ocultar los verdaderos dueños de T&H y, particularmente, al funcionario público involucrado en la maniobra” que en este caso no era ni más ni menor que el vicepresidente. “La idea fue que no tuvieran una vinculación directa, siendo este el fundamento por el cual Carminatti tampoco podía actuar en nombre propio ya que mantenía una estrecha relación con los otros dos”, explicó.

En ese escenario, T&H fue adquirida formalmente por Vandenbrum, quien vivió en el departamento del exclusivo barrio porteño de Puerto Madero que alquilaba a Bourdín, lo cual quedó corroborado para los acusadores a través de las facturas de los servicios de televisión por cable y teléfono, y del pago de la expensas del inmueble que el primero de estos hizo a su nombre. Además, a nombre de esa firma casi fantasma se facturó la compra de pasajes aéreos para el vicepresidente y su novia adquiridos a la agencia de turismo de Carminatti.

En cuanto a Ferrari, el fiscal señaló que estaba directamente vinculado a Bourdín ya que había sido jefe de asesores en el Ministerio de Economía y también trabajado para aquel en la ASS, al tiempo que compartió con Vandenbrum y Carminatti al menos uno de los viajes de placer que aquellos dos realizaron y que dejaron registrados en una serie de fotografías que publicaron en *Facebook*. “Y, sobre todo, Ferrari fue el nexo

entre Bourdín y la DGI a través de Carminatti ya que terminó siendo accionista de las empresas de éste”, afirmó.

Para Campanello, los cruces telefónicos resultaron claves para reconstruir las relaciones entre los diversos actores involucrados en la maniobra investigada y, en ese sentido, destacó que se detectaron dos llamados desde un celular a nombre de T&H al número telefónico del secretario privado de Bourdín en los días en los que se produjeron las reuniones con los hermanos Caccioli, mientras que un abonado del círculo íntimo del vicepresidente mantuvo una conversación con Vandenbrum, quien, a su vez, recibía llamados desde Casa de Gobierno, dos días antes de adquirir la imprenta.

“En conclusión, los vínculos entre Bourdín y Vandenbrum son sólidos y numerosos, echando por tierra cualquier afirmación que exija una foto o un video de ellos juntos que compruebe, todavía más, la relación que los unía. Se han demostrado todos los vínculos e intereses en común que poseen, que son suficientes para acreditar el rol que cada uno ocupó en esta maniobra”, finalizó el fiscal al presentar sus argumentos ante el tribunal en la apertura del debate, mientras que en la última jornada del juicio el vicepresidente pidió la palabra y dio su versión de los hechos.

“Las versiones de los hermanos Caccioli son un invento. Yo nunca me reuní con algún integrante de esa familia. Como mucho pudo haber existido un saludo ocasional cuando concurrí a los estudios del canal de televisión Telesat, donde ellos se encontraban junto a Martín Benegas, empleado del lugar y amigo de ellos, no mío”, declaró Bourdín, quien negó que Benegas haya actuado como “intermediario” entre él y los dueños originarios de la imprenta. “Tampoco conozco a Vandenbrum ni participé de ninguna de las sociedades que salvaron a la empresa de la quiebra. Es más, no tuve ningún tipo de injerencia en el levantamiento de la bancarrota, la cual, a mi entender, se debió a un fallo judicial y a las facultades discrecionales que poseía la DGI”, continuó.

En ese sentido, Bourdín aclaró que él no emitió ninguna opinión o dictamen vinculada al plan de pagos ni quita de intereses solicitado por Caccioli aunque admitió haber redactado un dictamen en el declinó pronunciarse al respecto. “Lo único que sé es que la DGI había abierto un expediente sobre la empresa un año antes de la nota que cursé y en la que ni siquiera realicé un análisis económico financiero de la cuestión”, explicó.

“Nunca fui consultado por el trámite de la quiebra de la sociedad y ni siquiera tuve conocimiento de ello hasta después de que el caso tomó estado público en la prensa”, aclaró el acusado a pesar de que la Fiscalía había dejado bien en claro que la DGI había requerido la quiebra de Caccioli unos cuatro meses antes de que Bourdín emitiera su nota.

Luego, consultado si Vandenbrum había alquilado su departamento de Puerto Madero, Bourdín señaló que excepto por él, dicho inmueble sólo había sido ocupado por su hermano y la familia de éste. Sin embargo, el fiscal Campanello le recordó que durante el allanamiento a ese lugar los investigadores hallaron una factura del servicio de televisión por cable a nombre de aquel.

Entonces, el acusador le preguntó por qué decidió alquilar su departamento, a lo que el vicepresidente dijo que se debió a que como recientemente había comenzado a convivir con su pareja optó por buscar una residencia más amplia y cómoda. “Lo alquilé sin intermediación de una inmobiliaria para evitar los altos costos que ello implicaba. Así que se lo comenté a varios conocidos, entre ellos, a mi amigo Carminatti”, recordó.

“Él (por Carminatti) me dijo que tenía un conocido, Carlos Donadel, que podía estar interesado en alquilar su departamento ya que se encontraba en el extranjero y planeaba radicarse en el país un tiempo para llevar adelante un emprendimiento comercial”, indicó, pero meses después, el contador de Bourdín recibió una nota de

parte de Donadel en la que éste le comunicó que su operación comercial se había frustrado, por lo que no iba a alquilar el departamento.

Y, seguidamente, el acusado aclaró que él “nunca” le otorgó a Carminatti “algún tipo de facultad” para que este actuase en su nombre ya sea para alquilar el departamento como para cualquier otra actividad. “Todos los trámites de alquilar los llevé a cabo mi contador y como entendía que Donadel residía en el extranjero no me extrañó que delegara en una persona de su confianza para la tramitación del alta de los servicios del departamento”, añadió.

Por su parte, el fiscal Campanello le preguntó si Carminatti conocía a Vandenbrum y Bourdín respondió que sí y que sabía, por dichos del primero, que ambos había viajado juntos hacía más de diez años a Europa.

En cuanto a su relación con Benegas, el acusado admitió que lo había conocido en su pueblo natal del Interior cuando ambos tenían veinte años pero que nunca más supo de él. De hecho, precisó, la última vez que lo vio fue cuando se lo cruzó en los pasillos del canal Telesat cuando él fue a dar una entrevista y aquel se encontraba junto a los Caccioli.

“No entiendo como pudo suceder todo esto. Lo único que sé es que me enteré de esta información primero por los medios de comunicación de las corporaciones que se oponen a este Gobierno nacional y popular antes de que fuese volcada al expediente”, argumentó el vicepresidente y sus dichos despertaron los gritos de victoria de un grupo reducido de jóvenes que se encontraban dentro de la sala de audiencias y que alzaron inmediatamente sus manos haciendo la señal de la “V” con los dedos índice y mayor, lo que les valió recibir una reprimenda del presidente del tribunal que pidió orden en el recinto o, de lo contrario, lo haría desalojar.

Pero el acusado, en vez de calmar a sus seguidores los alentó. “Esta causa está impulsada desde el comienzo por esos medios monopólicos. Por esa razón me tuve que enterar primero de los hechos a través de los trascendidos periodísticos antes que del análisis de la causa”, vociferó y le siguieron más alaridos de la tropa militante que fueron acallados rápidamente por una nueva reprimenda de los jueces.

Según el imputado, sólo por los medios supo un mes después de decretada la quiebra de Caccioli que el Estado se había presentado en el expediente para alquilar la planta de esa empresa, hacerse cargo de los sueldos y abonar doscientos veinticinco mil pesos mensuales durante medio año, y que luego de esta presentación recién apareció la firma Volt ofreciendo un contrato pero por doce meses y cuatro millones de pesos.

“En esa ocasión, el síndico de la quiebra le pidió al juez comercial que realizara una especie de compulsa de precios antes de entregar la planta a alguna de las empresas interesadas y mientras se analizaban las ofertas el presidente de Caccioli presentó varios escritos ante la DGI y el magistrado que, a los pocos días, le entregó la planta a Volt desoyendo el consejo del contador Herrera”, recordó Bourdín.

El acusado contó que después de emitir su nota a la DGI un mes después del levantamiento de la quiebra recibió del director Echeverría un memorándum “inusual” en el que le manifestó que su respuesta iba a ser “determinante” para aceptar o no el plan de pagos propuesto por los Caccioli.

Sobre cómo se gestó la nota que envió a la DGI, el imputado sostuvo que se basó en un dictamen del Departamento Jurídico del Ministerio de Economía pero que en ningún sentido propuso “absolutamente nada” acerca del plan de pagos y que el trámite debía continuar conforme a las atribuciones de la dirección impositiva.

De todos modos, Bourdín reconoció que en dicha nota se realizaron “consideraciones” respecto a las políticas del Gobierno para el sostenimiento del

empleo y el cuidado actividades estratégicas, sobre todo, “aquellas que pudieran sustituir o evitar importaciones vinculadas a la salida de divisas”.

“Si bien esta nota resultó determinante, no ayudó a los Caccioli a recibir el plan de pagos que proponían y el rol del director Echeverría fue adecuado. Y más allá de que su pedido de informes fue singular, el resto de los hechos no escaparon a las habituales políticas de la DGI”, opinó y agregó: “Hubo más de cien ejecuciones fiscales contra la firma Caccioli y en ningún momento tomé la decisión de pedir su quiebra porque esa resolución era competencia exclusiva de la DGI que en los últimos cinco años se había expedido en un total de quinientos trece bancarrotas y prestado conformidad para el levantamiento de más de treinta de ellas.”

Lo que no explicó Bourdín, pero sí lo había hecho un empleado de Asuntos Jurídicos del Ministerio de Economía en una audiencia anterior, es que la DGI recaudaba más con un plan de pagos que con una quiebra.

En otro tramo de su declaración, Bourdín se refirió al Tesoro Nacional y negó haber impedido la modernización tecnológica de la planta de esta Sociedad del Estado para que quedara imposibilitada de imprimir billetes y así crear la necesidad de apropiarse de la Caccioli en quiebra. “El deterioro en la capacidad de imprimir billetes de esta entidad había comenzado con el gobierno anterior, el cual designó como director de la misma a César Romero, actual presidente del directorio de Volt, y permitió el desguace del Tesoro que comenzó a perder muchas de las impresiones que le eran exclusivas, como la impresión de padrones electorales, billetes de lotería, pasaportes, cartones de bingo, de seguridad y las estampillas de cigarrillos”, señaló.

“Pero lo más curioso es que cuando ese gobierno debió dejar el poder, con el nuevo Poder Ejecutivo y tras la partida de Romero, el Tesoro inició un período de mejora operativa, capacidad de gestión y la compra de las maquinarias más importantes

en los últimos cincuenta años, a un precio inferior al ocho por ciento del que había sido ofrecido, lo que arrojó balances anuales positivos”, indicó.

El vicepresidente estimó que a partir de la adquisición de esas máquinas, y a la compra de repuestos por unos 100 mil dólares para componer una averiada, el Tesoro pasó de imprimir 450.000.000 billetes al año a 600.000.000, por lo que para el acusado, la supuesta crisis para imprimir dinero fue instalada por los partidos políticos opositores y los medios monopólicos de comunicación “como parte de un plan destituyente”.

“Excepto por los irregulares testimonios de la familia Caccioli, en la causa no hay ninguna prueba que pueda corroborar que yo había adquirido la imprenta y, además, se encuentra totalmente claro de quien es T&H”, sostuvo Bourdín, quien consideró que le resulta “llamativo” que nunca se siguió la pista de la ruta del dinero que movilizó la firma T&H y, en este sentido, apuntó contra Rubén Méndez, un empresario multimillonario cercano al ex presidente Ernesto Dauden, principal adversario político del Gobierno. “Méndez movió decenas de millones de dólares en este expediente y, mientras tanto, se investigaron boletas de teléfonos o de televisión por cable. Una ridiculez”, indicó.

Para el acusado, el mencionado empresario introdujo su dinero en sociedades que, en apariencia, “no tenían nada”, como T&H, lo que se conoce en la jerga como “regular *course of business*; operaciones con vehículos pequeños y activos de alto riesgo y *distress*”. Por ello, sostuvo que este tipo de acciones formaban parte de la “mecánica habitual” de Méndez para hacer sus negocios.

Luego, el vicepresidente se refirió a Raincoat, respecto de quien dijo que era “un comerciante hábil, socio de sindicalistas corruptos que siempre atentaron contra los gobiernos democráticos”, por lo que “tranquilamente pudo haber sido forzado u obligado” a declarar en su contra, además de integrar la familia Caccioli.

“Este clan siempre alardeó de haber negociado con todos los gobiernos de turno, incluso con los militares y genocidas”, señaló Bourdín y acto seguido se dirigió al presidente del tribunal: “Yo no soy abogado pero hay cuestiones que son bastante evidentes para cualquiera como, por ejemplo, que la Fiscalía ha señalado a la familia Caccioli como sospechosa de haber formado de todas las maniobras investigadas; sin embargo, considera sus testimonios como prueba fundamental, como si fuesen testigos, y en realidad son imputados.”

Y concluyó afirmando que todas las acciones relevantes de la DGI fueron “anteriores” a su “única intervención” en el levantamiento de la quiebra de la imprenta, por lo que sólo se le podría reprochar “cierto grado de desconocimiento” en los términos de su actuación. “Está probado que todos los hechos esenciales para esta maniobra fueron previos a mi participación y a pesar de ello me imputan haber influenciado en el resultado de la misma. Y, en realidad, existen constancias de la operación bancaria en la que Méndez depositó el dinero necesario para levantar la quiebra en una cuenta de los hermanos los Caccioli y estos luego lo transfirieron a T&H. Claro que Méndez se encargó de ocultar su nombre detrás de sus firmas *off shore*”, argumentó para finalmente aclarar que la decisión de la impresión de billetes era exclusiva y excluyente del Banco Central, un organismo basado en su carta orgánica que era una Ley que incluía requisitos que ni siquiera figuraban en la Constitución Nacional.

Aún resonaban en el recinto los aplausos cuando el fiscal Campanello realizó su última pregunta y le pidió al acusado que dijera si le pertenecía el número de celular analizado en los cruces telefónicos y que los investigadores creían que él era si titular, a lo que Bourdín replicó que no lo recordaba porque tenía “muchas líneas”.

Una vez finalizada la declaración del vicepresidente, el noticiero fue a una pausa comercial, oportunidad en la que Franco cambió a un canal de deportes para ver el

resumen del partido de fútbol. En tanto, las señales de noticias retomaron el tema del juicio reproduciendo lo que ya habían declarado en audiencias anteriores los otros imputados en el proceso y cuyos dichos habían quedado eclipsados por la indagatoria de Bourdín. Quedaba claro que sin éste en el banquillo de los acusados el caso no hubiese tenido tanta repercusión ya que si algo sobraba en el país eran los casos de corrupción con funcionarios involucrados y esto hacía que la sociedad en general estuviese acostumbrada a lidiar con ellos desde hacía mucho tiempo. En ello, justamente, radicaba una de las principales razones por la que ciudadanos como Franco, que parecía no prestarle demasiada atención a la coyuntura política de la nación, estaban convencidos, y a la vez decepcionados, de que los gobernantes eran “todos iguales”, sin importar sus ideologías ni los partidos a los que perteneciesen. Claramente, él no se sentía representado por nadie y ya no le importaba. Sin embargo, nunca había incumplido con sus deberes cívicos y concurrió a cada una de las votaciones. Es más, en una oportunidad hasta los designaron presidente de mesa y no se molestó en absoluto, como sí sucedió con otros conocidos suyos que debieron atravesar la misma situación.

VI

“La intención fue conseguir una audiencia con un funcionario del gobierno para tratar el tema de la quiebra y cuando supe que mi suegro y su hermano se iban a ver con el ministro de Economía creí que era algo muy bueno ya que se trataba del organismo superior a la DGI”, declaró el acusado Raincoat en otra audiencia del debate oral que también fue reproducida por los distintos canales de noticias.

En ese sentido, el imputado contó que fue Benegas quien le presentó a Carminatti como “el secretario privado” de Bourdín que les dijo que todo lo relativo a la bancarrota de la empresa lo hablaran con aquel y que él sabía que detrás de T&H se encontraba Méndez y sus 50 millones de pesos que le había prestado a esa firma.

Básicamente, el imputado dio la misma versión que la que había aportado en la etapa de instrucción de la causa, aunque en aquella oportunidad lo había hecho como testigo y asegurado que sólo había entrado a la imprenta dos o tres veces en su vida, que no trabajaba para la empresa y que su vínculo era sólo familiar.

Raincoat recordó que cuando se produjo la quiebra de Caccioli se generó un “profundo malestar” en el seno de su familia política que sentía que “había perdido todo lo que tenía”. Y en ese marco fue su suegro el que instó a sus parientes a conseguirle alguna audiencia “con algún funcionario ya que nadie le contestaba el teléfono”. Y contó que primero intentaron, a través de un conocido, hablar con funcionarios de la Secretaría de Comercio pero eso no prosperó y luego, un día en el que había salido a correr por las calles de su barrio cerrado, como lo hacía habitualmente para mantenerse en forma, se encontró con su amigo Benegas, quien le dijo que esa mañana “el ministro” iría a su casa. Entonces le preguntó a quién se refería y aquel le respondió: “Bourdín, el de Economía. Es amigo mío desde que estudiábamos juntos en la Universidad.”

El acusado aclaró que Benegas tenía “un cargo importante” en Telesat, aunque nunca supo exactamente cuál, y que vivía en el mismo barrio cerrado que él ubicado en la zona norte del conurbano, en cercanías a los estudios de dicho canal. También declaró que días después aquel encuentro con su vecino le contó sobre el mismo a su suegro y éste le sugirió que le preguntara a Benegas si le podía conseguir una audiencia con Bourdín. Así que él se comunicó inmediatamente con su vecino quien le prometió hacer el intento.

“Una semana más tarde, Benegas me llamó y me dijo que lo mejor iba a ser que mi suegro se contactara primero con el secretario del ministro y le comentara la situación de la empresa para ver si le conseguían la audiencia y así se generó la primera charla con Carminatti”, describió Raincoat y precisó que ese diálogo se produjo en un encuentro celebrado a principios de agosto en el bar del Hotel La Torre, situado en pleno centro de la Capital, cerca de las oficinas gubernamentales, y en la que estuvieron él, Carminatti y Benegas. Y sobre la reunión contó que duró unos pocos minutos en los que Benegas le presentó a Carminatti y le dijo: “Contale todo a él, tranquilo, que es la persona de confianza del ministro.”

“Lo primero que le pregunté a Carminatti fue si el ministro le podía dar una audiencia a mi suegro y él me respondió que iba a realizar la gestión y que le se comunicaría con Benegas para que este me llamara a mí. Y así terminó esa primera reunión”, recordó.

Luego explicó que a los cuatro o cinco días, Benegas lo llamó y le dijo que la audiencia se iba a concretar y que podía haber un encuentro en los estudios de Telesat ya que Bourdín estaría allí para brindar una entrevista en un programa del canal. Según Raincoat, el día de la entrevista él fue con su suegro al estudio y se encontró con Bourdín y Carminatti. En ese momento, el programa estaba al aire y recién cuando se

produjo el primer corte, el ministro pasó por al lado de ellos dos y su suegro y los saludó con un breve intercambio de palabras.

Inmediatamente después de ese escueto diálogo de unos pocos segundos de duración, Bourdín entró al programa y dio la entrevista, tras lo cual, el ministro se retiró, mientras que Carminatti se quedó en los estudios. “Quería hablar con mi suegro, entonces le pidió a Benegas si había algún lugar privado para hacerlo y finalmente se juntaron a charlar en la oficina del directorio del canal”, indicó el acusado.

Raincoat relató que durante la reunión Carminatti realizó unos gráficos en un pizarrón a través de los cuales explicó que la imprenta no servía más y que había que inyectarle fondos, para lo cual era necesario buscar grupos económicos. “Le dijo a mi suegro que él representaba a Bourdín y que ellos dos tenían que quedarse con un ‘paquete’. Y explicó: ‘Ustedes nos van a ceder las acciones para que podamos conseguir los fondos necesarios’”, indicó.

Entonces, el suegro de Raincoat le preguntó a Carminatti a nombre de quién iban a ceder las acciones de la empresa, a lo que el supuesto secretario del ministro le respondió que le informaría al respecto a su debido tiempo. “Carminatti le dijo que si realmente iba a contar con el apoyo del gobierno también iba a necesitar un grupo inversor para sanear las finanzas de la imprenta aunque no dio mayores precisiones”, declaró.

De acuerdo al acusado, el suegro de éste le aclaró a Carminatti que él era dueño de la mitad de la firma y que la otra parte le correspondía a su hermano Hugo, por lo que sugirió realizar una nueva reunión en la que aquel estuviese presente ya que tomaban las decisiones en conjunto.

“Carminatti acordó en volver a hablar, nos pidió los número de celular y dio por terminada la reunión”, contó Raincoat y agregó que cuando se estaba yendo de los estudios, su suegro llamó a Hugo y le contó lo que acababa a de ocurrir.

En cuanto a la segunda reunión, el acusado dijo que él no participó dela misma, la cual se celebró casi dos meses después, en un restorán de Puerto Madero, ubicado cerca del departamento de Bourdín, donde estuvieron presentes el ministro, Carminatti y los hermanos Caccioli. “Para entonces, mi amigo Benegas ya no estaba en escena. De hecho, para celebrar el encuentro llamaron directamente a mi suegro”, aclaró.

“Mi suegro me contó después, por la noche de ese mismo día, que en la reunión su hermano se puso a llorar y Bourdín le prometió que iba a intentar solucionarles el problema porque era una empresa nacional, importante para el país y que empleaba a muchos operarios. Además, le dijo que hablar con Carminatti era como hablar directamente con él”, señaló Raincoat y aclaró que después de la primera reunión él ya no tuvo ninguna otra participación en las maniobras investigadas, por lo que se enteró de todo a través de los comentarios familiares.

“Todo parecía estar bien y la familia finalmente cedió el setenta por ciento de las acciones. Para entonces, mi suegro y su hermano se veían con Carminatti para trabajar en el tema y en ese marco apareció Vandenbrum, respecto de quien le dijeron que era un empleado de Carminatti”, sostuvo.

Un año y medio después, cuando Bourdín ya se había convertido en vicepresidente, Lorena Martínez, ex esposa de Vandenbrum, apareció en distintos medios de prensa denunciando la maniobra realizada para salvar a la imprenta Caccioli, tras lo cual, Raincoat dijo haber recibido un llamado de Carminatti, quien le indicó que tenía que reunirse de manera urgente con toda la familia.

Ese encuentro se llevó a cabo en la casa del declarante y allí estuvieron presentes los hermanos Caccioli, su esposa, su cuñada y Carminatti. “Mi suegro le dijo que no tenía por qué esconderse, a lo que Carminatti le explicó que no entendía que él hablaba en representación del gobierno que quedaba mal parado porque el tema se había filtrado a todos los medios”, relató Raincoat y agregó: “Mi suegro le preguntó dónde estaba el grupo inversor que iba a traer para salvar a la empresa y Carminatti le dijo que ese grupo no estaba y que quien se tenía que hacer cargo del quilombo era yo.”

El acusado señaló que ante esa situación, su suegro le dijo a Carminatti que de ninguna manera se iba a resolver el problema así, que ya era demasiado lo que “estaba manchando el nombre de la familia” y que él “no tenía nada que ver porque nunca había trabajado para la empresa”.

“Al escuchar a mi suegro, Carminatti se puso de pie y me amenazó. Me señaló con el dedo y dijo: ‘Sabemos donde vive él y que tiene cinco hijos, así que si quiero vengo acá y le quemo un pibe para que se haga cargo de este quilombo’”, declaró el acusado y añadió que tras la amenaza, todos los presentes quedaron “en estado de shock” y que la reunión terminó abruptamente.

Pero, de acuerdo a Raincoat, las amenazas no cesaron allí y unos días después del violento encuentro en su casa, el acusado dijo que estaba de vacaciones en la playa cuando recibió un llamado de Carminatti, quien le pidió volver a hablar más calmados, pero él le explicó que no podía porque estaba de viaje, a lo que el otro acusado le replicó: “Te lo estoy diciendo tranquilo y vos me ponés nervioso. Mirá que estoy a pocos minutos de tu casa, eh.”

Ante esa situación, el acusado declaró que accedió a un nuevo encuentro con Carminatti, el cual se produjo en un bar cercano a la playa en la que vacacionaba. Allí, siempre de acuerdo a Raincoat, el sindicato secretario de Bourdín le explicó que la

empresa iba a quedar a su nombre y que no se trataba de una propuesta sino de “una orden de arriba”, y que si abría de la maniobra le mandaría los inspectores de la DGI para que lo presionaran en su trabajo e iba terminar en la cárcel.

“Una semana después me volvió a llamar y me pidió volvernó a reunir. Lo hicimos en un café de Puerto Madero y me dijo que yo debía callarme la boca porque se estaba corriendo el rumor que no era el dueño de lo que ellos estaba armando y que si no lo entendía me lo iban a hacer entender”, declaró el acusado y, en ese sentido, recordó que luego alguien publicó una solicitada con su nombre y en la que figuraba como el propietario de T&H, lo cual era “totalmente falso”.

Un mes más tarde, Raincoat se encontraba fuera de la ciudad y, según él, Carminatti lo volvió a llamar y le dijo: “Para que te quede claro quiénes somos, prendé ahora el televisor y mirá bien.” Entonces, el acusado vio en un canal de noticias que el primer fiscal del caso, que había tomado la causa antes que Campanello, había sido apartado de la investigación por orden de la Procuración al tiempo que Bourdín ofrecía una conferencia de prensa en la que negaba rotundamente todas las acusaciones en su contra.

“Posteriormente, Carminatti me llamó varias veces más, presionándome para que me hiciera cargo del quilombo que ellos mismos habían armado. Una vez, me llamó cuando estaba en un shopping y me pidió que saliera. Me pasó a buscar en su auto y me dijo: ‘Estás abriendo mucho la boca y vamos a tener que armar unos papeles para que vos y tu familia queden pegados por administración fraudulenta. Esto no es joda, ¿o no viste lo que le pasó al fiscal?’”, contó Raincoat, quien ante esta amenaza decidió denunciar formalmente el supuesto secretario de Bourdín ante la Justicia.

Pero esta medida no hizo más que aumentar la presión sobre el imputado, que luego de hacer la denuncia fue citado por Vandenbrum a un estudio jurídico donde éste

le dijo “firmá o no salís de acá”. Y así fue que finalmente firmó unos papeles que del miedo que tenía nunca alcanzó a leer el contenido de los mismos y ni siquiera le dieron una copia para que se llevara consigo.

Raincoat sostuvo que las amenazas en su contra continuaron y que se produjeron cada vez que sus abogados realizaban alguna presentación en la causa en la que terminó imputado. “En una ocasión, Carminatti me citó en un estacionamiento vacío y me explicó que ellos consideraban que mi único interés era voltear a un vicepresidente y que no entendía por qué me había llevado unos documentos del expediente. Entonces me pidió que lo llamara a mi abogado y le diga que devolviera esos papeles porque sino íbamos a terminar presos los dos. Y antes de irse me miró y me dijo señalándome con el dedo: ‘Vos tocás a Bourdín y yo voy a tu casa y mato a tiros a uno de tus hijos.’ Me quedé helado, sin saber qué hacer ni decir. No podía creer lo que acababa de escuchar y cuando él finalmente se retiró del lugar me largué a llorar de los nervios. Ésa fue la última vez que hablamos”, relató con sus manos temblorosas.

A continuación, Raincoat precisó que el setenta por ciento de las acciones de Caccioli que cedió su familia política quedó en manos de Carminatti sin saber quiénes se encontraban detrás de él. “Manejaba todo, siempre hablando por Bourdín, pero nunca mencionó a algún inversor. Mientras que Vandenbrum era un títere”, afirmó y seguidamente dijo que a su suegro le hicieron creer que el capital provenía de una empresa internacional europea, lo cual resultó “una mentira” ya que no apareció ninguna firma y el vicepresidente y su fiel Carminatti “terminaron robándose la imprenta”.

A su turno, el fiscal Campanello le preguntó si era “amigo” de Vandenbrum, a lo que Raincoat respondió que no, que lo conoció en el café del Hotel La Torre cuando

aquel se encontraba a Carminatti, quien se lo presentó como su “empleado de confianza”.

Y, por último, el acusado dejó en claro que él no tenía relación alguna con T&H y que si llegó a figurar como dueño de esa firma se debió a los documentos que Carminatti lo obligó a firmar bajo amenazas. “Mi actuación fue como la de Benegas: sólo me limité a contactar a la familia Caccioli con Bourdín”, concluyó.

Por su parte, Néstor Caccioli recordó en su declaración que él y su hermano habían fundado la empresa hacía cincuenta años cuando comenzaron con una pequeña máquina hasta terminar con un edificio con todas las condiciones de seguridad requeridas por los bancos y organismos, tanto nacionales como internacionales, que procuraban obtener la impresión de su documentación. Durante esa trayectoria, la firma realizó grandes inversiones pero los sorprendió la pesificación de la economía durante la última gran crisis, por lo que debieron hacer frente a una serie de obligaciones que habían contraído a través de cartas de crédito y que les trajeron un perjuicio financiero muy alto.

Según contó el acusado en el juicio, ante esta situación, que se prolongó varios años, decidieron tratar de conseguir financiamiento y pretendieron que el Estado Nacional ajustase los precios que habían sido pesificados. “Sin embargo, advertimos cierta animosidad de parte del Estado para con nuestra empresa ya que a pesar de la deuda que manteníamos con la DGI, este organismo no sólo nos negaba la posibilidad de conseguir el certificado fiscal, sino que aún tenía pendiente de pago los reintegros por exportación que no se quisieron compensar como pago de la deuda”, afirmó.

Néstor relató que al tener tantas dificultades recurrieron a la posibilidad de asociarse cediendo parte del paquete accionario a algún grupo financiero que se hiciera

cargo de la deuda impositiva y concursal que mantenían. “La situación financiera de la empresa era extremadamente angustiosa hasta que el organismo recaudador pidió y decretó su quiebra, y esto fue algo que no se podía solucionar de ninguna manera, y sin un certificado fiscal era imposible trabajar tanto en este país como en el extranjero”, indicó.

Luego, el declarante confirmó que fue su yerno Raincoat quien estaba muy preocupado por la situación de la empresa familiar y le comentó que tenía un vecino, Benegas, quien trabajaba en Telesat y conocía al secretario privado de Bourdín, y que esa persona le podía conseguir una entrevista con el funcionario.

Néstor contó que en el primer encuentro con Bourdín en los estudios de Telesat le presentaron también a Carminatti y a Benegas, y que el entonces ministro de Economía le indicó que todo lo que tendría que conversar sobre la situación de la empresa debía hacerlo con su “hombre de confianza”, Carminatti.

“Cuando nos reunimos ese mismo día en la sala del directorio del canal, el secretario de Bourdín explicó cómo debía efectuarse una posible asociación con un grupo financiero, que en ese momento no individualizó, y planteó que ellos accederían a una sociedad sólo si nosotros cediéramos el setenta por ciento del paquete accionario”, recordó el acusado.

También declaró que apenas concluida la reunión llamó a su hermano y le comunicó la propuesta de Carminatti y, según él, Hugo se mostró “muy molesto” porque creyó que era demasiado el porcentaje que le exigían para salvar la empresa. “Le expliqué que no nos quedaba otra opción, entonces mi hermano me pidió acordar una nueva reunión para conocer a Carminatti y la misma se llevó a cabo tiempo después en un restorán de Puerto Madero, donde Carminatti quiso mostrar que él tenía todo el poder y nos subestimó, algo que molestó aun más a Hugo”, indicó.

Por ello, siempre de acuerdo al declarante, cuando se volvieron a reunir en el Hotel La Torre, Hugo fue acompañado de dos abogados para obtener más detalles de la negociación que le estaban proponiendo. En esa ocasión, un Carminatti “muy agresivo” les dijo a los asesores legales que se retiraran del lugar porque nadie los había invitado. “Esa actitud irritó a Hugo, quien también abandonó la reunión y decidió no continuar con las negociaciones, por lo que a partir de ese momento se produjo un distanciamiento entre él y yo”, dijo Néstor y agregó que tanto Raincoat como Carminatti luego “llamaron a Hugo en reiteradas oportunidades para convencerlo de la necesidad de firmar un acuerdo con T&H pero él no quiso”.

Debido a que Hugo no estaba dispuesto a firmar la cesión de las acciones se le propuso tener una nueva audiencia con Bourdín para que advirtiera que lo que proponía Carminatti contaba con el apoyo del funcionario. Este encuentro se produjo en el mismo restorán del puerto y allí estuvieron presentes los hermanos Caccioli, Carminatti y Bourdín, quien confirmó que la propuesta de su hombre de confianza estaba avalada por él.

“Los dichos de Bourdín convencieron a mi hermano porque la impresión que le causó fue totalmente distinta a la que le había dejado Carminatti ya que el primero era una persona realmente muy agradable”, precisó Néstor.

Entonces, a partir de esa reunión, los Caccioli decidieron firmar el contrato, lo cual ocurrió días después en un estudio jurídico de la Capital propuesto por Carminatti. Y como no tuvieron ningún tipo de asesoramiento legal, Néstor contó que él solo firmó y que su hermano se rehusó, por lo que finalmente lo hizo 48 horas después acompañado de un abogado que le aconsejó que exigiera un pago de 50 mil dólares para su familia en concepto del *know how*, con lo que estuvieron de acuerdo los demás presentes en la oficina: Néstor, Raincoat, Carminatti y Vandenbrum.

“Una vez que firmamos se nos informó que la empresa se pasaría a llamar 'Valor Sudamericano (VS)', que el presidente sería Vandenbrum y que yo formaría parte del directorio”, relató Néstor y añadió que con la nueva conformación del directorio “todo se realizaba sin consultas a la familia” y afirmó que él nunca volvió a ingresar a la planta de la empresa. “Todas las decisiones las tomaba Carminatti”, explicó.

“En ese momento, la empresa estaba alquilada por Volt, lo que originó una fuerte controversia con Carminatti hasta que la Justicia decidió que esa firma debía dejar la planta porque era una actitud monopólica”, indicó Néstor y recordó que al poco tiempo la nueva compañía VS fue encargada con la producción de boletas electorales, para lo cual, según él, no estaba capacitada. “Mi recomendación fue que se hicieran consultas con firmas que tuviera máquinas rotativas de alta velocidad, el ancho adecuado y varios colores de impresiones y así se lo hice saber a Vandenbrum, y también a Carminatti, aunque a esas alturas interactuaba más con el primero de ellos”, continuó.

A preguntas del fiscal Campanello, Néstor declaró que Vandenbrum y Carminatti siempre se comunicaban por teléfono, radio y correo electrónico, y precisó que el primero de ellos no era una persona que tomaba decisiones sino que todo consultaba con el segundo. También respondió que nunca supo quiénes eran los socios de T&H pero relacionó esta firma con Carminatti ya que éste era quien tomaba todas las decisiones. Además, negó conocer las empresas de Méndez.

Y, por último, confirmó los dichos de su yerno cuando se refirió a la reunión que se llevó a cabo en la casa de aquel, cuando Carminatti amenazó a Raincoat para que se hiciera cargo del “quilombo” que se había armado con la denuncia de la ex esposa de Vandenbrum y concluyó que recién a partir de los dichos de esa mujer él se enteró que Carminatti y Vandenbrum eran los supuestos testaferros de Bourdín.

En tanto, Vandenbrum declaró ante el tribunal que “la voluntad” de los Caccioli “no estuvo viciada” al momento de firmar las opciones de compra de las acciones a favor de T&H y consideró que lo que se selló fue producto de “un acuerdo previo” entre las partes interesadas. “Quiero que también quede bien en claro que de ninguna manera soy amigo ni conocido del vicepresidente Bourdín y mucho menos su testaferro. Todo fue un invento de mi ex esposa, quién conocía mi relación profesional con Carminatti. Pero jamás intervine en algún trámite vinculado a la imprenta Caccioli”, afirmó.

El declarante admitió que conocía a Raincoat, que la relación con éste se gestó a través de amigos en común y que un año antes de la quiebra de la imprenta el yerno de Néstor Caccioli le pidió asesoramiento para encarar “un emprendimiento financiero” con otros empresarios y así fue que compró la sociedad T&H y luego la puso a disposición de Raincoat, quien era el que “la controlaba”.

Al año siguiente, una vez producida la bancarrota, Vandenbrum conversó sobre el tema con Raincoat y este le dijo que podía gestionar mediante sus “conexiones” los apoyos financieros necesarios para revertir esa situación, por lo que lo convocó para trabajar juntos en el asunto. Según el acusado, en aquella oportunidad, él sugirió como la mejor alternativa aplicar un sistema similar al de compra de empresas por “apalancamiento”, que se trataba de permitir usar endeudamiento para financiar una operación pero esa propuesta suya no pasó de esa charla.

Luego contó que Raincoat lo volvió a llamar porque los Caccioli no habían tenido éxito con sus recursos judiciales y esa vez le propuso la idea de “un salvataje integral” que debía necesariamente acoplarse con un plan de asistencia financiera. “El proyecto inicial consistía en la aparición de un socio capitalista que tuviese los medios financieros necesarios para inyectar fondos al expediente de la quiebra y saldar las

deudas concursales. Ese socio debía ser una sociedad anónima que asumiese la administración y pagos de Caccioli. Por eso apareció T&H, porque a la vez era un instrumento para mantener el control político en manos de Raincoat y permitirle al financista asegurar sus préstamos sobre la base de la opción de adquirir la titularidad de la tenencia accionaria”, explicó.

Y agregó: “Una vez levantada la quiebra se deberían aportar fondos suficientes para poner en funcionamiento la planta y retomar el proceso productivo para generar recursos genuinos que le permitiesen a la empresa honrar sus deudas. Además, era necesario regularizar las deudas pendientes, sobre todo los créditos de la DGI que motivaron el pedido de quiebra, con un plan de facilidades de pago.”

Sin embargo, según el acusado, ocurrió “algo imprevisto” que fue la decisión de la Justicia de adjudicarle la planta de la imprenta a Volt, por lo que la puesta en marcha de la producción recién se produjo ocho meses más tarde, cuando se recuperaron las instalaciones. “En consecuencia, T&H tuvo que extender la asistencia financiera a Caccioli con el objeto de afrontar sus obligaciones y asumir nuevas deudas con el objetivo de inyectar fondos suficientes a la imprenta para evitar caer nuevamente en quiebra”, dijo.

“Entonces, a través de Raincoat se puso a disposición de la familia Caccioli un plan de acción que consistía en aportar una sociedad con fondos genuinos y, a la vez, un sistema de preservación del anonimato mediante otros entes ideales extranjeros”, detalló Vandenburg, quien consideró que “la empresa no valdría nada si permanecía en quiebra”.

El acusado sostuvo que una vez que se logró el levantamiento de la quiebra, él fue designado director de la nueva sociedad aunque nunca llegó a ser accionista de la misma. “Fue la firma Caccioli la que pidió y obtuvo el levantamiento de la quiebra y

dicha solicitud no fue presentada en ningún momento por mí ni por T&H. Esta empresa sólo dispuso de los fondos necesarios”, aclaró.

Sobre el origen de esos fondos, Vandenbrum indicó que “obedecían a ingresos provenientes de contratos de mutuos celebrados con diversas empresas” y que si bien figuraba que la suma de 575.000 pesos había sido pagada por T&H, ese dinero lo proporcionó Raincoat, con quien se firmó un pagaré y luego la plata le fue restituida conforme surgía del libro diario de la empresa, la cual sí aportó los 3,7 millones restantes.

Respecto de Carminatti, el imputado confirmó que lo conoció unos años antes del trámite durante un viaje al exterior y que luego del mismo se lo encontró “de casualidad” en un restorán de Puerto Madero donde le pidió asesoramiento para la compra de un canal de televisión en el interior del país. Así fue que se forjó la relación entre ambos, la cual describió “estrictamente profesional”.

En otro tramo de su indagatoria, Vandenbrum contó que en una ocasión le comentó a Carminatti que su amigo Donadel necesitaba alquilar un departamento, a lo que aquel le dijo que un “socio y amigo” suyo tenía uno disponible y podía serle útil. Y así fue que terminó celebrándose el alquiler entre Bourdín y Donadel. Y, en ese sentido, declaró que su amigo le pidió luego si lo podía asistir con la contratación de servicios básicos, tales como el de televisión por cable, para poner en funcionamiento el departamento mientras él se encontraba fuera del país trabajando como representante de futbolistas profesionales.

El acusado detalló que él conoció ese departamento cuando pasó a retirar la correspondencia, dejar algunos papeles y videos vinculados a jugadores de fútbol, y que permaneció en el lugar mientras el personal de limpieza realizaba su trabajo. Y admitió

que “alguna vez” durmió allí cuando se le hizo muy tarde para regresar a su domicilio pero que “nunca” fue su vivienda.

Por otra parte, señaló que, como consecuencia de la escalada mediática de los hechos investigados, Raincoat hizo uso de su derecho a reclamar para sí la titularidad de los bienes sujetos al mandato y por ello suscribieron un acta acuerdo mediante la cual se procedió a designarlo como beneficiario final de las dos firmas extranjeras que componían el resto del paquete accionario de T&H.

Consultado sobre el rol de la DGI, Vandenbrum declaró que los Caccioli asumieron “un compromiso de someterse a un plan de pagos y honrar su deuda”, lo que resultó determinante para que el organismo recaudador aceptase que se levante la quiebra. “La consulta al Ministro de Economía enfatizó que el trámite se debía enmarcar en las facultades legales de la DGI y que era importante poder tomar una decisión que sea respetuosa a los derechos de los trabajadores”, señaló.

“De la simple lectura de la nota se podía advertir que el ministro, pudiendo hacerlo, no tomó ninguna medida en cuanto a brindarle a la empresa un beneficio extraordinario, sin perjuicio de que la opinión de Bourdín resultó determinante para que la DGI rechazara el primer plan de pagos”, agregó.

De acuerdo al acusado, ante esa situación, y como presidente de la nueva Caccioli, él se presentó luego ante el ente recaudador para solicitar que se le concediera un nuevo plan de pagos, no sólo por la deuda concursal sino también por la pos concursal, y así obtener el certificado fiscal necesario para participar de las licitaciones públicas y celebrar contratos con el Estado Nacional. “Y en esta segunda oportunidad, el plan le fue concedido sin que se recabara la opinión del ministro ni ningún beneficio extraordinario”, finalizó.

Otro de los imputados que aceptó declarar en el debate oral, y que repitió como un disco rayado lo que ya había manifestado durante la instrucción de la causa, fue Bremen, quien contó que él, como jefe de Asesores de la DGI, le delegó al director de dicho organismo el expediente por la imprenta Caccioli en el que se realizó una descripción de la solicitud que hacían los dueños de la empresa y se aconsejó remitir el legajo al Ministerio de Economía porque lo que pedían “excedía la competencia” de la dirección. “El envío se debió a la relación funcional y de superintendencia que ejercía la cartera sobre nosotros y, además, en que se trataba de la única firma en condiciones de proveer al Estado Nacional de papel moneda”, explicó.

El declarante indicó que mientras el expediente estuvo en Economía fue convocado a una reunión con el jefe de Asesores de ese Ministerio, Ferrari, quien en ese encuentro destacó “el interés institucional y político” del organismo en dar una solución a la situación de la empresa y realizó “el potencial de la compañía para sustituir importaciones, generar nuevas exportaciones y emplear a más de trescientos trabajadores”.

“En esa reunión, Ferrari me presentó a Carminatti y lo dejó encargado en representación del Ministerio de Economía del trámite del expediente y después Bourdín remitió una nota al director de la DGI”, recordó y agregó que como el sindicado secretario del vicepresidente iba a funcionar como “nexo”, ellos dos intercambiaron sus teléfonos celulares.

Bremen afirmó, además, que al momento de proyectar el informe interno, analizando la procedencia o improcedencia de la solicitud de los Caccioli, la jefatura a su cargo contaba con la opinión favorable de Bourdín y de otros “cinco funcionarios de distintas áreas del gobierno”, aunque no precisó quiénes eran estos últimos.

También aclaró que mientras él fue jefe de Asesores de la DGI, la de Caccioli fue la única solicitud de plan de facilidades de pagos en la que intervino y que haberla remitido a Economía “no era un trámite habitual” para estos casos. Es que para el acusado, era “imposible” que la DGI concediese el plan de pagos propuesto por los dueños de la imprenta, el cual implicaba quitas de honorarios, multas e intereses, lo que quedaba fuera del alcance de las normativas vigentes para las empresas concursadas.

En otro tramo de su indagatoria, al ser consultado sobre su relación con Carminatti, Bremen reconoció que mantuvo varias conversaciones telefónicas con aquel y que lo llamó primero para preguntarle cómo estaba el trámite del expediente Caccioli y después para saber por qué el mismo se había frustrado, al tiempo que dejó en claro que él siempre consideró que dicho imputado era “un funcionario del Ministerio Economía” hasta que finalmente se enteró de los hechos investigados.

Luego, el fiscal Campanello le preguntó sobre el vínculo entre Carminatti y Ferrari, y respondió que el mismo era de “extrema familiaridad” y que mientras el primero “llevaba la voz cantante”, el segundo “asentía en todo”.

Por último, Bremen añadió que no tuvo injerencia en ninguno de los aspectos relacionados, directa e indirectamente, con la quiebra de Caccioli, incluyendo la aprobación del segundo plan de pagos presentado por Vandenbrum.

Las acusaciones contra Carminatti fueron tan severas que éste prefirió no declarar en el juicio para no tener que responder a las preguntas de la Fiscalía, una actitud temerosa y especulativa que no sorprendió a ninguna de las partes del proceso y que derivó en que el tribunal, para neutralizar cualquier maniobra evasiva, le prohibiera salir del país sin permiso aunque él argumentase que debía viajar al exterior con frecuencia por motivos laborales.

Lo que sí llamó la atención, del público pero no la de los investigadores, fue que Echeverría, el único que conocía los anexos secretos de las declaraciones patrimoniales de los altos funcionarios del gobierno, no fuese citado a declarar. Sin embargo, esta decisión se debió a que el fiscal Campanello consideró que si lo requería en calidad de testigo luego, por cuestiones procesales, no iba a poder utilizar esos dichos si finalmente quedaba imputado ya que la investigación sobre él no estaba totalmente cerrada. Este mismo contrapunto técnico-jurídico había puesto en riesgo el valor de las primeras declaraciones que Caccioli y Raincoat habían vertido como testigos al inicio de la instrucción de la causa, pero como después de haber sido imputados mantuvieron sus dichos, el cuestionamiento de parte de las defensas del resto de los acusados no prosperó.

Quien sí finalmente declaró, pero como testigo, fue Ferrari, aunque no aportó demasiados datos de interés. En definitiva, el representante ante el Banco Mundial contó que él no tuvo ninguna participación en los hechos investigados y señaló que se reunió con Bremen en una única oportunidad y que lo hizo por un tema vinculado a un expediente en el cual el padre de aquél efectuaba un reclamo de una deuda ante el Ministerio de Economía. Y nada más.

VII

Violeta, con sus anteojos negros para el sol y ambas manos sobre el volante, conducía su auto, un espacioso modelo *weekend*, por la ondulada ruta interbalnearia. Era un camino bien señalizado y en perfecto estado, con dos carriles por mano y un par separado del otro por un amplio bulevar parqueado y con callecitas de retorno cada pocos kilómetros. Ella estaba cansada y, sobre todo, aburrida, por lo que no entendía qué carajos hacía allí en ese momento. Es que últimamente actuaba por reflejo y no se detenía a pensar en las razones de sus acciones. ¿Qué sentido tiene pensar tanto si el mundo seguirá siendo el mismo haga lo que yo haga?, pensaba Violeta, quien sentía que su divorcio todavía no había logrado ahuyentar el bodrio de su vida. Entonces, ella concluía que lo único que había cambiado era que ya no tenía más esposo y que el resto continuaba igual.

El vehículo –que su ex marido se lo había dejado al igual que la casa para que viviera lo más cómoda posible con los dos hijos de la pareja, ambos varones- se movía hacia arriba y hacia abajo una y otra vez, y le provocaba cosquillas en la panza, como cuando era una niña y le pedía a su padre que acelerara la marcha para aumentar esa sensación que estremecía todo su cuerpo de manera similar a lo que luego, en la adolescencia, experimentó con sus primeros orgasmos.

Durante su niñez, Violeta nunca se cansó de insistirle a su padre que la llevara a pasear en el auto los domingos por la tarde y el pobre hombre siempre accedió a pesar de que él hubiese preferido escuchar el partido de fútbol de su querido Independiente por la radio y en la comodidad del sillón de su living. Sin embargo, la mayoría de las veces lo terminó haciendo a través del estéreo de su coche en movimiento, mientras su hija saltaba de alegría en el asiento trasero y su esposa le cebaba unos mates. En esas

ocasiones, el conductor, a sabiendas de los gustos de su pequeña Viole, se trasladaba hasta las calles del centro comercial más cercano y pasaba repetidas veces y a gran velocidad por el túnel del paso bajo a nivel de las vías del tren, lo que agitaba el hormigueo en el estómago de la inquieta niña.

En aquella época, la niña también conoció las subidas y bajadas de la ruta interbalenaria que llegaba hasta Pinar del Este. Por entonces, era un camino angosto, de un carril por mano aunque, al igual que en la actualidad, ascendía y descendía por los médanos ubicados entre los altos pinos que también formaban una especie de túnel, como el ferroviario, pero natural y más pintoresco. Y en aquel cuadro pintado de verde y marrón, y con algunas finas vetas grisáceas que zigzagueaban por el suelo, se podían observar los manchones de arena entre las matas de pasto y eso preludiva la llegada a la villa donde el cielo solía ser más celeste que en cualquier otro lado.

De todos modos, cuando Violeta se adentró con su coche en ese escenario, lo único que se alcanzaba a divisar al mirar hacia arriba era un nutrido conjunto de nubes negras cargadas de lluvia que había caído hasta poco antes ya que la calzada estaba resbaladiza. Y ante esta situación, la conductora, que solía sentir pánico a los accidentes viales, decidió disminuir la velocidad y respetar a rajatabla las velocidades máximas estipuladas., lo que de ninguna manera llamó la atención de Claudia, ubicada a su lado en el asiento del acompañante y concentrada en mirarse en un espejito que llevaba en su mano y en acomodarse el peinado. En su regazo, esta mujer llevaba un bolsito con sus cosméticos, al tiempo que su hija Laura seguía dormida con su menudo cuerpo disperso por todo el asiento trasero, ocupando casi por completo el espacio disponible.

-¿Qué hora es? -preguntó Claudia tras acabar de pintarse los labios de un rojo furioso.

-Doce y media -respondió Violeta echándole un rápido vistazo al reloj del tablero del auto.

-Mi hermano trabajaba hasta la una, así que no creo que salga a la ruta hasta después de las dos porque primero va a querer almorzar.

-Capaz que pare a comer algo en el camino para ganar tiempo.

-No creo. Él es muy estructurado en todas esas cuestiones. Bah, en todo.

-Sí, ya me lo dijiste.

-Siempre fue así.

-Ajá.

-En fin, menos mal que vine con vos así no viajabas sola y yo no me perdía medio día. Además, con la mujer de Jorge y sus hijos íbamos a estar un poco apretados. Y eso que tiene una camioneta grande -Claudia guardó el lápiz labial en el bolsito, cruzó las manos sobre el mismo y miró a la conductora-. Resultó más cómodo de esta manera, ¿no?

-Calculo que sí.

-Seguro. Así ganamos todos.

Violeta sonrió con esfuerzo y luego pensó qué era lo que ella había ganado realmente con ese viaje. Hasta el momento trasladaba una adolescente desmayada en el asiento trasero y que en el poco tiempo que estuvo despierta no ocultó su enojo hacia su madre por haberla obligado a levantarse temprano un día feriado en el que no tenía que ir a la escuela y abandonar su casa hacia un sitio desconocido, el cual no le interesaba descubrir en absoluto. A esto se le sumaba que su acompañante, a la que no había visto en muchos años, en los que se había vuelto una extraña para ella, propuso una serie de charlas monótonas y repletas de repeticiones.

-¿Sabés quiénes van, Viole?

-No estoy segura. El que sabe es Franco, que organizó la reunión.

-Espero que estemos todos.

-¿Por?

-Para que sea más divertido. Si no, con este clima no vamos a poder salir a ningún lado.

-Esperemos que mejore.

-Y ojalá que a la noche los locales estén abiertos para poder ir a tomar algo y...

-Seguro que van a estar abiertos –interrumpió la conductora- porque más allá del clima y de que no sea temporada alta es un fin de semana largo y viajan muchos turistas.

Violeta tenía razón. El movimiento turístico de aquel día se había hecho notar en la ruta, la cual tuvo un tránsito intenso desde el inicio de su recorrido. Por la cinta asfáltica abundaron los micros de pasajeros de larga distancia y los autos particulares con porta equipajes, mientras que los camiones de carga fueron pocos ya que el Gobierno les había prohibido que circularan durante el día para evitar choques.

Sin embargo, muchos camioneros no respetaban esa disposición y conducían igual, provocando que el tránsito fluyera con lentitud, sobre todo, en la ruta provincial que se desprendía de la principal autovía y luego se conectaba con la interbalnearia, el trayecto más utilizado por los paseantes que se dirigían a las distintas localidades de la denominada “costa verde” de la provincia. Es que ese tramo de la ruta provincial pasaba por los principales establecimientos agropecuarios de la zona donde se cargaban y descargaban diversas materias primas y, además, la mayoría de los campos tenía sus entradas a la vera del camino, en jurisdicción de Cosme.

En ese marco, los más peligrosos eran los camiones jaula, que transportaban el ganado a pie. Se trataba de vehículos largos, pesados, lentos y especialmente olorosos, por lo que ningún automovilista se los quería cruzar. Además, la ruta provincial, a

diferencia de la autovía principal y la interbalnearia, era de un solo carril por mano y cuando había mucho tránsito se tornaba extremadamente difícil rebasar a los camiones, lo que aumentaba el riesgo de que se produjeran choques frontales que, casi siempre, resultaban mortales.

Pero no todo era negativo en esa parte del trayecto a la costa. Debido a la presencia de habitantes dedicados a la vida de campo, a los costados de la ruta abundaban las parrillas al paso y asadores que ofrecían carne fresca y de primera calidad. Esos puestos eran una parada casi obligatoria para los automovilistas que paseaban por allí a la hora de almorzar. Pero Violeta no era una apasionada de la carne roja asada y había seguido de largo sin siquiera aminorar la velocidad. Igualmente, a la hora que había pasado por el sector de parrillas era demasiado temprano para comer.

-¿Te sentís bien? Porque estás muy callada -retomó Claudia una vez que guardó su bolsito de mano dentro de la cartera.

-Estoy bien. Sólo me quedé pensando en algo que dijiste.

-¿Qué cosa? Porque dije varias... Bah, de hecho soy la única que pronunció más de dos frases seguidas -Claudia frunció el seño y miró fijamente a la conductora, quien no acusó recibo y no apartó la vista de la ruta siquiera por un instante-. ¿Y? ¿Qué pensaste?-insistió.

-En que va a ser difícil que te diviertas de la forma en que vos pretendes.

-¿A qué te referís?

-Que dudo mucho que vayas a encontrar a alguien interesante.

-¿Interesante?

-Sí, alguien con quien entablar una relación.

-¿Y quién quiere eso? Cuando dije `divertido` me refería a un chongo pasajero, no un novio.

Qué buen ejemplo para su hija adolescente, pensó Violeta antes de realizar algún comentario al respecto.

-Mirá –continuó Claudia ante el mutismo de la conductora-, no se cómo te ha ido a vos en tu relación con tu ex pareja, mucho no me has contado en el viaje, pero yo ya tuve más de una y no me fue como esperaba, y la verdad es que me propuse no hacerme más problemas por ese tema.

-¿Tan mal te fue?

-Digamos que mi principal relación resultó un verdadero desastre. Así que ya podés imaginarte cómo fueron las que vinieron después.

-¿Cuándo decís 'principal' te referís al padre de tu hija?

-Claro, él fue mi primer novio formal y en un momento llegué a estar perdidamente enamorada de él. Yo era chica, él tenía un par de años más que yo, y la relación iba bárbara hasta que a mi se me ocurrió que teníamos que vivir juntos. Lo que resultó ser una muy mala idea.

-¿Qué pasó?

-Lo que siempre les pasa a los tipos: cuando las cosas se ponen serias se cagan en las patas. Eso pasó.

Esta vez, la risa de Violeta fue sincera y dejó que Claudia continuase con su historia, la cual parecía mucho más divertida que la suya.

-Como no quería arruinar lo que teníamos, él enseguida me dijo que sí y a los pocos días se mudó al departamento que yo alquilaba en la Capital, cerca de la Facultad en la que estudiábamos los dos.

-¡Ah!, no eras tan chica.

-Sí nena, tenía apenas veinte años, aunque parecía de menos.

-Ah, ok. Yo pensé que como ya vivías en tu propio departamento eras unos años mayor.

-No, no. Yo apenas terminé el secundario empecé a trabajar, a tener mi propia plata y así me independicé de mis padres, aunque a ellos mucho no les gustó porque ya no me podían controlar.

-Entiendo.

-Mi departamento era un mono ambiente amplio pero el tipo empezó a quejarse de que no había suficiente espacio para los dos.

-Una excusa.

-Sí y no. De todos modos, él siempre se había comportado de manera egoísta desde el inicio del noviazgo. Además, era así con todo: con su familia, sus amigos, sus compañeros de estudio y de trabajo.

-La gustaba estar solo, básicamente.

-Tal cual. Era un tipo super individualista y yo debí haberme dado de cuenta de eso antes de pedirle que se mudara conmigo.

-¿Pero vos que culpa tenías? Él tranquilamente podía haberte dicho que no era el momento de convivir y listo.

-Y probablemente no lo era.

-¿Entonces?

-La convivencia nunca llegó a durar más que un par de semanas seguidas porque pasábamos unos días sin pelearnos, después estábamos otro tanto a las puteadas y él agarraba su bolso con su ropa y sus libros y se iba. Permanecía unos días en la casa de sus padres, que le quedaba cerca del trabajo y de sus cosas, y cuando nos calmábamos, hablábamos por teléfono, él volvía al departamento y así volvíamos a empezar con ese círculo vicioso.

-¡Qué enfermizo! –Violeta apretó fuertemente el volante con ambas manos al punto de rechinar el revestimiento de goma del mismo-. Yo, en tu lugar, lo hubiera mandado a volar de entrada, nena.

-No pude porque cuando estábamos bien hacíamos una pareja espectacular. Nos llevábamos bárbaro fuera y dentro de la cama. El problema era cuando había que convivir con lo cotidiano.

-Claro.

-Y cuando peor estábamos, de hecho nos habíamos peleado supuestamente de manera definitiva aunque ya lo habíamos hecho antes y después arreglado, quedé embarazada. Y eso cambió todo el panorama.

-Me imagino. ¿Pero no se cuidaron?

-Él no usaba preservativos porque decía que no le permitía tener una buena erección y yo tomaba pastillas hasta que las dejé por un tiempo porque me traían problemas hormonales. Y entre una cosa y la otra pasó lo que pasó.

-¡No te la puedo creer!

-Y bueno... yo era chica, ya te dije, No entendía nada de nada.

-Como todas a esa edad –la conductora asintió sutilmente con la cabeza-. ¿Y no pensaron en no tenerlo?

-Yo lo quise tener desde el principio. No por una cuestión moral o ética, sino porque siempre había querido ser madre. Y cuando le pregunté, él me dijo que si yo lo quería tener, que lo tuviera y que me iba a apoyar en cualquier decisión que tomara. Además, mi familia no iba a permitir, por ningún motivo, que yo me hiciera un aborto.

-Y... con los estructurados que eran -acotó Violeta, que había dejado de prestarle tanta atención a la ruta y escuchaba el relato de su acompañante atentamente, al igual

que la hija de Claudia, que se acababa de despertar-. Me sorprende que no te hayan obligado a casarte.

-Me lo sugirieron, pero no tenía mucho sentido si, en teoría, vivíamos juntos y éramos chicos. Teníamos tiempo para hacerlo más adelante.

-Claro –dijo Violeta, quien en ese momento se sintió más joven ya que el auto descendió velozmente por una lomada y resurgieron las viejas cosquillas a su panza-.
¿Y como afectó el embarazo la relación?

-Los primeros meses fueron más de lo mismo. Él, para no sentirse culpable, trató de vivir conmigo el mayor tiempo posible pero seguimos peleándonos mal. Así que, para no hacerle la vida imposible al bebé, acordamos un cronograma en el que él se quedaba en la casa de sus padres dos o tres días a la semana para arreglar todas sus cosas personales. Y los sábados y domingos nos quedábamos de mis viejos, entonces no estábamos los dos solos y evitábamos las peleas.

-O sea que la familia de cada uno funcionó como un amortiguador. ¡Qué raro!, porque generalmente son un estorbo para los novios.

-Es que fue una relación absolutamente fuera de lo común, que nadie podía entender. Nadie.

-¿Y cómo terminó?

-Mal, como todo el mundo esperaba que lo hiciera -indicó Claudia, quien le dirigió una mirada de resignación a su hija que comenzó a evidenciar ciertas molestias ya que había escuchado esa historia demasiadas veces, por lo que permaneció callada, chateando con sus amigas a través de su *smartphone*.

-¡Qué garrón!

-Y sí. Ya en el final del embarazo él decidió quedarse todos los días conmigo y la verdad fue una tortura. No podíamos ponernos de acuerdo en nada. ¿Sabés lo que nos

costó elegir tu nombre? -expresó Claudia girando hacia el asiento trasero y dirigiéndose a su hija que, con los auriculares del celular colocados, le devolvió una mirada indiferente.

-Cuando lleguemos a la playa se le va a pasar el enojo -dijo la madre, confiada en que su hija no iba a arruinarle el fin de semana largo junto al mar, el cual ella no veía desde hacía mucho tiempo ya que no solía tomarse vacaciones en el trabajo-. Laurita es re compinche, me hace la gamba en todo, siempre. Somos como hermanas.

-Ya lo creo -coincidió Violeta, quien, a diferencia de Claudia, creía que ese tipo de relación, en la que la se borraba la línea que separa a los padres de los hijos, no era algo positivo.

-El punto es que él no habrá sido bueno como pareja pero siempre resultó ser un excelente padre con Laurita. Eso se lo tengo que reconocer.

Laura asintió con una mueca de su boca de finos labios, extremadamente similares a los de su madre e, incluso, pintados del mismo color. Evidentemente, a Claudia le importaban poco las apariencias y que su hija, aprovechando su cuerpo ya desarrollado, se mostrase como una mujer mayor de lo que indicaba su documento de identidad.

-¿Y hasta cuando estuvieron juntos, Clau? -retomó Violeta.

-Bueno, él se quedó a vivir conmigo hasta unos meses después de que nació Laurita.

-¿Nada más?

-Fue poco tiempo pero me pareció mucho más, ahora que pienso en esa época.

-Con qué poco te conformás, eh.

-Mirá, cuando la tuve a ella -Claudia señaló a su hija con un gesto de su cabeza-, él estuvo siempre presente. Me llevó al médico, se quedó a dormir en la clínica, se encargó de comprar y cambiar pañales, de la ropita de bebé, de todo.

-Era lo menos que podía hacer.

-Y las primeras semanas también se levantó a mitad de la madrugada para cambiar a su hija y que yo pudiera descansar un poco cuando no le daba la teta.

-Te entiendo. O mí me pasó lo mismo con mis dos hijos. No había forma de que tomaran la mamadera. Pero bueno, la leche materna es lo más saludable que existe para un recién nacido. Eso sí, te obliga a estar todo el tiempo a disposición del bebé, sin poder hacer otra cosa.

-¡Claro! La mamadera se la puede dar cualquiera. Laurita, por ejemplo, llegó a tomar de las dos formas porque yo me sacaba leche y se la daba en la mamadera.

-A mí eso me hacía doler una barbaridad y, además, me llevaba mucho tiempo porque no tenía demasiada leche, así que le daba la teta siempre.

-Pueden cambiar de tema, por favor. Ya es desagradable escuchar tantos detalles -interrumpió Laurita sacándose los auriculares-. Era más entretenida tu historia con papá -le indicó a su madre.

-No sabía que te divertían mis desgracias -ironizó Claudia.

-A veces, no siempre -sonrió la adolescente.

-Igual, pendeja, no te hagas la canchera porque lo que le estoy contando a Violeta nos pasó a nosotras dos -Claudia se señalaba a ella misma y a su hija con el dedo índice derecho extendido y moviéndolo como un péndulo-. Pasa que vos eras un bebé y no te podés acordar de nada.

-Bueno, tampoco fue una desgracia, che- intervino Violeta-. Esas cosas pasan todo el tiempo y, sobre todo, en parejas jóvenes.

-Tal cual.

-Seguí contando, Clau –pidió Violeta que había bajado apenas la ventanilla aprovechando que ya no volaba el *spray* de los vehículos que transitaban delante del suyo.

-En fin –retomó Claudia inmediatamente, contenta de ser el centro de atención de aquel momento-, todo marchaba bien con el susodicho hasta que el bebé comenzó a demandar más espacio y el departamento quedó chico entre el catre, la cuna, el cochecito, el huevito para el auto, las mamaderas, la ropita, etc.

-Pero eso era obvio que iba a pasar. ¿No hicieron nada para prevenirlo?

-Sí. Lo charlamos y analizamos. Apenas quedé embarazada y decidimos intentar ser una familia a pesar de las constantes peleas de pareja que teníamos, él mismo propuso alquilar un departamento más amplio para que cada uno tuviera su espacio propio y no molestara al otro.

-¿Y que pasó con ese plan?

-Como yo estaba tan ocupada con el embarazo no me pude hacer cargo del asunto y se lo delegué a él por completo. Error, porque él, entre discusión y discusión, dejó pasar el tiempo y la cosa fue dilatándose hasta que llegó el momento de renovar el contrato de alquiler de mi departamento. Y como él no había encontrado otro que le gustara o que pudiéramos pagar, renové por dos años y los planes de mudanza quedaron ahí, inconclusos.

-Más que mono ambiente, fue un mini ambiente. Me imagino como habrá sido la convivencia en un escenario como ése.

-¡Uf! Fue una pelea tras otra. Por momentos se tornó en algo absolutamente insoportable.

-¿Y qué hicieron?

-Hasta ese punto yo nunca había tenido el coraje de dar por terminada la relación de manera definitiva. Siempre que lo mandaba a la mierda en medio de una discusión, o él a mí, el otro dejaba pasar a lo sumo un par de días y buscaba la reconciliación. Pero con la llegada de Laurita cambió todo eso. Yo ya no podía pensar solamente en mí y vivir en ese clima de guerra era algo muy perjudicial para una recién nacida. Entonces, finalmente, le dije a él que yo lo lamentaba mucho pero que no podíamos seguir viviendo juntos.

-Está bien.

-Fue lo mejor para todos. Es más, él no se opuso demasiado porque creo que se sintió algo aliviado, como si le hubiera quitado una mochila de adoquines de la espalda.

-Claro. Él chocho –señaló Violeta dejando en evidencia que en esas ocasiones puntuales no podía dejar de pensar que todos los hombres eran iguales.

-No sé si chocho pero tuvo una preocupación menos porque él, además de la casa de los padres, que era gigante y en la que vivían solo dos personas porque sus hermanas se habían casado y mudado, alquilaba un pequeño departamento, más chico que el mío, o sea una caja de zapatos, cerca de su oficina, y ése lugar le servía como refugio. Así que no era que se quedaba en la calle.

-¡Un vivo bárbaro! Ése sí que caía siempre parado, como los gatos.

-¿Viste cómo son los hombres? Siempre tienen un plan b.

-Les encanta jugar a dos puntas. Son terribles.

-¡Paren un poco que ya parecen un par de brujas! –acotó Laurita.

-Vos reaccionás así porque sos chica y todavía no conocés a los hombres. Ya vas a vivirlo en carne propia y me vas a terminar dando la razón.

-Totalmente de acuerdo –afirmó Violeta, cuya tupida cabellera se despeinaba con el viento que entraba por la ventanilla.

-Lo que nunca me contaste –retomó Laurita- es lo que pasó después de que papá se fue del departamento.

-Al principio seguimos siendo novios. Él venía a visitarnos y se quedaba a dormir un par de noches, a veces entre semana, a veces los fines de semana, dependiendo del humor que había entre los dos y de las cosas que él tenía que hacer. Después se iba y hablábamos todos los días por teléfono.

-O sea que lo único que evitaron fue la convivencia –sostuvo Violeta.

-Exacto.

-¡Qué cosa más extraña, che!

-Así había sido toda nuestra relación. A esas alturas ya nadie se podía sorprender de los que hacíamos.

-Eso es cierto. Con ustedes dos sí que podía pasar cualquier cosa.

-Y sí. Pero se terminó cuando él conoció otras minas y yo empecé a salir con otros tipos. Entonces seguimos siendo padres que compartían la crianza de una beba hermosa pero cada uno con su propia vida sentimental.

-Y fue lo mejor. Si seguían conviviendo se iban a terminar matando.

-Muy probablemente. Además, quedamos en buenos términos y así pudimos mantener un trato cordial, algo fundamental para criar a Laurita.

-Está bien porque iban a tener que verse seguido toda la vida y a nadie le convenía pelearse todo el tiempo.

-Justamente. Por eso no me arrepiento de nada. Y creo que él tampoco. Los dos hicimos todo lo que pudimos para tratar de funcionar como una familia normal pero no pudimos lograrlo.

-Cuando no tienen que ser...

-No es.

-Exactamente.

Violeta se corrió un largo mechón de pelo que había quedado atravesado en su rostro y se lo pasó por detrás de la oreja derecha. Habitualmente llevaba el cabello suelto y caído suavemente hacia ambos lados de la cara, rozando las mejillas, lo que a ella no le molestaba, aunque en este caso le obstaculizaba la visión y eso podría llegar a ser un peligro. Luego, la mujer vio que a los dos costados de la ruta los médanos coronados de pinos dejaban su lugar a una serie de edificaciones que correspondían, principalmente, a corralones de materiales para la construcción, canteras, areneras, granjas, madereras y mayoristas de productos alimenticios varios, y pisó el acelerador ya que sabía que estaban acercándose al destino.

-¿Y vos? –preguntó Claudia cuando el auto salió con envión de una lomada bajo la sombra de los árboles y tomó por un tramo recto, despejado, desde el cual se podía apreciar todo el cielo que, en mejores condiciones, se hubiese visto enteramente celeste y no plomizo como ahora.

-¿Yo, qué?

-Hasta ahora sólo hablamos de mis historias. ¿Qué hay de las tuyas?

-La mía es una sola historia y bastante aburrida comparada con las que me constaste. Créeme, no vas a querer escucharla.

-¿Por qué no? –Claudia miró fijamente a Violeta-. Todas las personas tienen una faceta interesante guardada en alguna parte de su vida.

Violeta quitó la vista de la ruta por unos instantes y advirtió que Claudia seguía mirándola, expectante y encaprichada, al igual que su hija que acababa de dejar apoyado sobre el asiento su celular con el que se había pasado la mayor parte del tiempo chateando.

-Si tengo una faceta interesante en mi vida –respondió Violeta-, seguro que no está en mi vida amorosa.

-¡Dale, che! No seas mala onda.

-Pero, ¿qué querés que te cuente?

-Algo sobre tu ex, lo que vos quieras.

-Es que no hay mucho para decir.

-Se está haciendo rogar. Dejala, má –intervino Laurita.

-Para nada –retrucó Violeta, tajante-. No necesito llamar la atención de nadie –agregó con un tono firme y seco.

-Está bien. Está bien –medió Claudia-. Si tanto te molesta, Viole, no cuentes nada y listo. Sigamos viaje tranquilas-. Y vos –señaló a su hija-, mejor volvé a boludear con el chat de tu celular.

-¿Tanto te molesta que use el celular? –preguntó la adolescente.

-Me molesta que tengas más relación con un aparato electrónico que con personas de carne y hueso. Así nunca vas a conseguir un novio como la gente.

-Pará, Clau, no exageres –indicó Violeta estirando su mano con la palma hacia abajo y en dirección al asiento del acompañante hasta la altura del regazo de su acompañante-. Está todo bien. No me molesta hablar sobre mí. Sólo estaba diciendo que en este momento no se me ocurre nada interesante que contar.

-Ok. Yo sólo quería que siguiéramos teniendo una charla amena, nada más, así el viaje se nos pasa más rápido.

-Lo sé.

-Perdón si te incomodé con mi insistencia.

-No te hagas problema. Ahora bien, ¿qué querés saber exactamente de mi matrimonio? Quizás, si me preguntás algo específico se me ocurre una buena idea.

-Podrías empezar por contarme cómo era tu ex, por ejemplo. Yo nunca lo conocí y me gustaría saber de qué clase de hombre se trataba porque vos das la impresión de no ser de las que andan con cualquiera.

-Bueno –Violeta carraspeó-, él era mayor que yo y nos conocimos en la Facultad.

-No me digas que él era profesor y vos su alumna que se portaba mal –bromeó Claudia.

-¡No, nena! Yo recién empezaba con mi carrera y él estaba por terminar la suya.

-¿Qué estudiaban?

-Yo diseño y él relaciones públicas.

-Ah. Y seguro que fueron a una Universidad privada, ¿no?

-Sí, ¿y?

-No, nada.

-Ya sé lo que estás pensando: que como era una Universidad privada era más fácil recibirse. Típico.

-Y... suele ser así. Digo, si se compara el nivel académico con el de las públicas. Lo sé porque yo fui a la Nacional.

-Sí, pero me dijiste que nunca te recibiste porque dejaste enseguida.

-Pero eso no quita que no sepa cómo es estudiar en un lugar así.

-Mirá, el nivel académico depende mucho de la carrera que uno elige, no sólo de la Facultad. Además, las privadas son más organizadas y te ayudan a conseguir trabajo porque firman todo el tiempo convenios de pasantías con muchas empresas.

-Puede ser. Pero yo prefiero las públicas, como muchos de los empleadores que buscan cubrir puestos de trabajo. Para mí, las privadas son como una gran escuela

donde todos se conocen. Durante toda la carrera tenés siempre a los mismos compañeros, los mismos profesores y hasta las mismas aulas. Un embole.

-No siempre es así. Pero bueno, esa organización es lo que te permite estudiar y aprender con más comodidad sin preocuparte por la burocracia estatal, los problemas edilicios, los paros docentes, las tomas de los centros de estudiantes y todo ese mundo de la Universidad pública.

-Tampoco es el infierno. Admito que a veces no encontrás una silla para sentarte dentro del aula para presenciar una clase pero eso es porque hay muchos estudiantes. Y nadie deja la carrera por eso.

-¿Pero en qué puede llegar a beneficiar a cualquier estudiante una situación como ésta? En nada.

-Yo creo que esas situaciones te enseñan a sacrificarte y esforzarte siempre un poco más. Y eso te convierte en un mejor estudiante, sin dudas.

-No estoy de acuerdo. Ese tipo de sacrificios están demás y te hacen perder el tiempo. Yo terminé la carrera en cuatro años y la Universidad me consiguió una pasantía que me abrió todas las puertas de mi profesión, mientras que todos los estudiantes de mi carrera que fueron a la Facultad pública y que yo conocí tardaron casi el doble de tiempo en lograrlo.

-¿Pero quién aprendió más y mejor?

-Que se yo. Eso depende de cada estudiante.

Claudia resopló.

-No discutan, che –intervino Laurita-. Estábamos hablando de temas más interesantes.

-Es cierto –asintió Claudia-. Mejor seguir contándonos sobre tu ex, Viole.

-No tengo mucho más para decir: siempre fue una buena persona. Estuvimos de novios un par de años hasta que me fui a vivir con él, a su departamento.

-Es decir que él venía de una familia adinerada.

-Muy.

-¡Qué viva! Las calladitas suelen ser la peores, eh.

-Nada que ver.

-Bueno, seguí.

-Después de que me recibí nos casamos y a los pocos años tuvimos a nuestro primer hijo. Los dos trabajamos mucho y nos pudimos comprar una casa, que es en la que estoy viviendo ahora. Cuando la terminamos de refaccionar tuvimos otro bebé y finalmente nos separamos.

-¿Así de sencillo?

-Sí. Te dije que no había nada raro en el medio.

-Pero algo tuvo que haber pasado para que decidieran separarse...

-Pasó lo que suele pasar en estos casos: se acabó el amor. No es muy complicado.

-Pero vos decís 'se acabó el amor' como si se hubiera terminado la leche en la heladera. Sé un poco más específica. Por ejemplo, ¿de quién fue la decisión? ¿Fue de común acuerdo?

-¿Y qué importa de quién fue la decisión? Cuando uno de los dos integrantes de una pareja se quiere separar no queda otra que separarse, por más que el otro no esté de acuerdo.

-Fue tu decisión, ¿no?

Violeta guardó silencio y comenzó a aminorar la marcha para ingresar a la rotonda de acceso a Pinar del Este. La ruta aún estaba húmeda así que la conductora

tomó la curva despacio y así pasó por delante del puesto de la Policía Caminera. Violeta temió que los efectivos la detuvieran para controlarla porque aquellos le hacían señas con las manos aunque, en realidad, le indicaban que disminuyera aun más la velocidad por precaución. “¡Qué molestos son!”, se quejó la mujer golpeando el volante. “¿Qué quieren? Que me bajé del auto y lo empuje”, agregó, sarcástica, y su comentario despertó carcajadas en Claudia y Laurita.

Pero luego de transitar unos pocos metros más, Violeta advirtió que el tránsito en la ruta de acceso a la villa turística se movilizaba a paso de hombre ya que había muchos vehículos sobre la calzada, la cual tenía numerosos lomos de burro y cunetas que obligaban a los automovilistas a conducir muy lentamente. Además, todos ellos estaban paseando y disfrutando del comienzo del fin de semana largo.

La mujer condujo por debajo del arco de piedra que se levantaba por encima de la ruta y del cual colgaba un inmenso cartel de madera que decía “Bienvenidos”. Y en ese preciso momento, como si estuviese a bordo de una máquina del tiempo, sintió que volvía a ser una niña y se encontraba en su querido hogar, junto a sus padres, no como una simple turista que llegaba de visita. La misma sensación tuvo Claudia y un fuerte lazo emocional las unió como cuando eran adolescentes.

Y ese mismo lazo fue lo que las diferenció de la gran mayoría de los paseantes que las rodeaban y las empapó de una comodidad y seguridad absolutas. Así, las dos mujeres atravesaron la villa por la avenida principal y en el camino hasta la hostería Solar del Bosque observaron con detenimiento cada cuadra, como si nunca hubiesen pasado por allí. Claro que muchas cosas habían cambiado con los años, pero la esencia que flotaba en el aire era exactamente igual a la que recordaban y les llenaba su espíritu e inflaba el pecho. Violeta respiró hondo mientras su corazón latía rápido y potente, y apagó el motor luego de estacionar frente al mar.

VIII

El *weekend* quedó detenido en la entrada del estacionamiento de la hostería ubicado en la calle lateral que desembocaba de manera perpendicular en la playa. Si bien el portón de hierro estaba abierto había una gruesa cadena que atravesada el umbral a lo ancho e impedía el paso. “Bajemos acá y entremos por el frente”, indicó Violeta a las otras dos ocupantes del vehículo que descendieron inmediatamente. “Después que entre el auto bajamos los bolsos”, añadió la conductora y luego cerró la puerta con llave, tras lo cual, las tres mujeres caminaron por la vereda de lajas hasta la recepción del Solar del Bosque. Y durante el breve trayecto caminaron lentamente para poder apreciar por unos instantes la magnificencia del mar que se agitaba violentamente contra la orilla.

Tal como esperaban, en la recepción hallaron la puerta abierta pero a nadie en su interior. Entonces Violeta se asomó por la arcada que comunicaba con el restorán y a la distancia vio a Franco y a Pedro sentados junto a una mesa, charlando. “¡Buen día!”, expresó la mujer para llamar la atención de los dos hombres, que se sintieron sobresaltados por aquel saludo inesperado.

“Llegaron”, le dijo Franco, por lo bajo, a su amigo Pedro que estaba de espaldas a la entrada del restorán e inmediatamente dejó el mate sobre la mesa al lado de la pava y dio media vuelta. Apenas vio a las tres mujeres acercándose hacia su posición, se puso de pie y al igual que Franco caminó al encuentro de las recién llegadas. Recorrieron hasta la mitad del salón cuando los cinco quedaron frente a frente.

-¡Hola! –exclamó Franco y después saludó a las tres mujeres con beso en la mejilla a cada una-. Pedro, ellas son Violeta, Claudia y la hija de Claudia, Laura, ¿no?

La adolescente asintió con cara de pocos amigos y acto seguido Pedro saludó a las tres también con un beso.

-Cómo no me voy a acordar de Violeta y Claudia –aclaró Pedro con una sonrisa-. ¡Qué bueno que hayamos podido vernos después de tanto tiempo! Y es un verdadero placer conocerte Laura.

-¿Viajaron bien? –preguntó Franco al tiempo que les indicaba a las recién llegadas que se acomodaran alrededor de la mesa que él había estado ocupando con Pedro junto a uno de los ventanales, cerca del mostrador, hacia donde se dirigió todo el grupo.

Sobre la mesa, además de la pava y el mate, había un paquete de yerba, un azucarero y un plato con unos bizcochitos de grasa que Franco había comprado en la panadería más cercana, ubicada sobre la avenida principal de la villa.

-Siéntense, por favor –indicó el anfitrión arrimando las sillas a la mesa-. ¿Quieren tomar algo? Nosotros estábamos mateando pero les puedo preparar un café, té o algo fresco, si prefieren.

-No, gracias –respondió Violeta-. Por mí no te molestes. Estoy bien.

-Yo unos mates me tomo –dijo Claudia, quien se sentó junto a Pedro mientras que su hija se acomodó al costado opuesto del hombre y Violeta lo hizo al lado de Franco, quien ocupaba la cabecera de la mesa desde donde cebaba y distribuía el mate.

-No saben lo contento que me pone que hayan podido venir, en serio –sostuvo el cebador, pava en mano.

-Fue una gran idea que nos reunamos acá, Fran, después de tantos años –acotó Claudia, quien recibió el primer mate de la ronda.

-Cómo pasó el tiempo, ¿no? –intervino Pedro, quien hasta ese momento no había podido quitar su mirada de Violeta, sentada justo enfrente de él y que se mantenía ausente en la conversación, observando todo a su alrededor y analizando, como sus ojos fueran una lupa invisible, cada detalle de aquel lugar que no veía desde su juventud.

-Ni que lo digas –dijo Claudia-. Aunque para vos, Pedro querido, el tiempo parece no haber pasado demasiado: estás hecho un pibe.

-Gracias –Pedro se sonrojó y recibió el mate de Franco ya que era el siguiente en la ronda-. Vos tampoco te podés quejar, eh. Te ves muy bien, Clau. Es más, parecés la hermana mayor de Laura más que la madre.

Claudia largó una de sus estruendosas risotadas y apoyó su mano sobre el hombro de Pedro.

-Debo confesar que no sos el primer en decírmelo –retomó la mujer.

Yo no te lo dije pero lo pensé, aunque por motivos diferentes, evaluó Violeta, quien se dirigió a Franco:- Es una verdadera lástima que vayan a tirar abajo este lugar porque lo conservás hermoso.

-Gracias, Viole –se resignó Franco, quien cebó un nuevo mate que amagó a dárselo a Violeta y que, al recordar que ella no estaba tomando, decidió quedárselo él-. Sí que es una lástima pero no queda otra –agregó tras dar un largo sorbo.

-Sí, lo sé.

-Che, ¿Y Sabrina? –intercedió Claudia.

-Ya llegó -respondió el anfitrión.

-¿Y dónde está?

-Pasó hace un rato con su marido y sus hijos, tomó unos mates y dijo que se iba a instalar en su dúplex y que venía a la nohecita para cenar, cuando, calculo, también llegará Jorge.

-No entiendo por qué no se queda acá, como nosotros –insistió Claudia-. Digo, para que estemos todos juntos.

-¿Y para qué se va a quedar en la habitación de una hostería cuando tiene su propia casa? -intervino Violeta-. Además, tiene hijos chicos y le debe resultar más cómodo quedarse allá.

-Tal cual –afirmó Franco-. Igualmente, yo le ofrecí que si quería podía ocupar dos habitaciones pero ella prefirió usar su dúplex. Y está perfecto. No hace falta que durmamos todos bajo el mismo techo para poder reunirnos.

Mientras tanto, Laurita, aburrída, había sacado su *smartphone* y vuelto a conectarse al grupo de chat de sus amigas.

-¿Vos no tomás? –preguntó Pedro tímidamente a Violeta.

-No. Estoy bien.

-¿Segura? –inquirió Franco.

-Sí, sí. Sólo estoy un poco cansada del viaje.

-Me imagino.

-La ruta estaba bastante cargada y hubo varios tramos en los que tuvimos que andar a paso de hombre.

-Claro.

-Además, no soy una amante de manejar.

-Yo tampoco –señaló Pedro-. De hecho, me vine anoche en micro para no tener que hacerlo.

-Mejor. Así llegaste más descansado –afirmó Violeta mirando a Pedro a los ojos por primera vez desde el inicio de la charla.

-No tanto, porque también me cuesta dormir en el micro. Bah, me cuesta dormir en cualquier transporte público.

-A mí me pasa lo mismo. Por eso termino siempre usando el auto, aunque no me guste demasiado –señaló Violeta y luego se dirigió al anfitrión:- Y hablando de auto.

Fran, ¿me podés abrir el estacionamiento así meto el coche porque lo dejé en la vereda de acceso con todos los bolsos adentro?

-Sí, no hay problema –dijo Franco y le pasó el mate a Claudia-. Me olvidé de sacar la cadena, ¿no?

-Sí.

-¡Qué gil! Pasa que no me acostumbro a la idea de que este fin de semana la hostería está abierta a medias.

-¿Y cómo es eso? –preguntó Claudia.

-Digamos que nosotros somos los últimos huéspedes en la larga historia del Solar del Bosque.

-¡Guau! Eso me hace sentir importante.

-No sé si importante, pero seguro que se trata de una ocasión muy especial.

-Tal cual –coincidió Pedro.

-Y por eso estamos acá –añadió Violeta poniéndose de pie-. Fran, ¿podríamos entrar el auto ahora?

-Dale, vamos –indicó Franco iniciando la caminata hacia la puerta que daba al patio interno desde el que se podía acceder al estacionamiento-. Acompañame por acá.

Franco y Violeta abandonaron rápidamente el restorán y salieron del alcance visual de Pedro y Claudia, quienes permanecieron sentados junto a Laurita, que, a su vez, seguía inmersa en su propio mundo virtual.

-¿Qué es de tu vida, Pedro? –preguntó Claudia apenas sus ojos volvieron a posarse en él, que había seguido con la mirada los movimientos de Franco y Violeta cuando estos se retiraban rumbo al estacionamiento-. Contame algo.

-¿Algo como qué? –repreguntó Pedro, incómodo.

-Algo como a qué te dedicás, si estás casado, tenés hijos. No sé casi nada de vos.

Tu perfil en el Face no es muy revelador que digamos.

-Es que no le doy demasiada bolilla al Face.

-Sos como Violeta. Prefieren reservarse algunas cuestiones de su vida personal, ¿no?

-Puede ser. Más que reservado soy bastante colgado y me olvido de actualizar mi perfil.

-Bueno, entonces actualizate conmigo.

-Está bien –sonrió Pedro, algo más relajado-. Soy contador y trabajo para un estudio privado.

-¿Te casaste?

-No. Pero tengo una hija –respondió él tratando de evitar detalles sobre su vida amorosa.

-¿Y la madre?

Pedro dudó unos instantes antes de dar una explicación al respecto, pausa que aprovechó Laurita para preguntar dónde estaba el baño, a lo que Pedro le señaló con el dedo índice una parte color nogal ubicada al final de un pasillo que bordeaba lateralmente el mostrador en forma de “L”.

-Te diría que con la madre de mi hija no estamos atravesando un buen momento –señaló Pedro una vez que Laurita se levantó de la silla y se encaminó hacia el *toilette*-.
¿Y vos en qué andas?

-¿Y vos en qué andas?

-Yo estoy sola, como casi siempre. O mejor dicho, sin pareja.

-¿Ah, sí?

-La verdad es que con el padre de Laurita no estuvimos juntos por mucho tiempo y nunca volví a convivir con otro hombre.

-Entiendo.

-Eso sí, pretendientes nunca me faltan.

-Seguro que no.

-Pero viste como es... cuando tenés hijos, ellos son la prioridad.

-Tal cual –asintió Pedro-. ¿Entonces vivís a solas con tu hija?

-Sí, sí. Y está bueno a pesar de que últimamente no nos hacemos tanta compañía como antes.

-¿Por?

-Y... yo tengo que trabajar todo el día porque sino no llego a fin de mes. Antes con un solo trabajo te alcanzaba pero ahora ya no. Y a eso sumale que Laurita ya es una señorita que pasa mucho tiempo con sus amigos.

-Claro.

-¿Y tu hija cuántos años tiene?

-Cinco.

-Ah, es chiquita todavía. Cuando crezca vas a entender mejor lo que te estoy diciendo.

-Calculo que sí. Veremos el año que viene como se porta cuando empiece el primario. Hasta ahora es muy apegada a su mamá.

-¿Y a vos no?

-Sí, conmigo también.

-Cómo no te va a querer si es hija única y vos sos el padre. Esa nena te debe adorar. Estoy segura.

-Puede ser.

-Disfrutalo porque cuando empiezan a pasar los años los hijos le dan cada vez menos bola a sus padres.

-Cierto.

-Y al final vas a extrañar cuando eran chiquitos y te hacían renegar cada vez que se portaban mal.

-Ya lo extraño ahora.

-¿Y por qué no la trajiste?

-Esa era la idea pero lo cierto es que no estoy en condiciones de gastar tanta plata en un solo viaje.

-Te entiendo perfectamente. La situación económica no da para andar tirando manteca al techo.

-Exacto –expresó Pedro y le pasó el mate a Claudia ya que él había ocupado no solo el lugar sino también la función de Franco cuando este se fue.

-No, gracias –dijo ella deslizando el mate ligeramente sobre la superficie de la mesa hasta rozar con sus dedos las manos de él-. Creo que ya es hora de almorzar.

-Ok –indicó Pedro recogiendo el mate luego de sentir la piel blanca y sedosa de Claudia, quien había dejado las manos estiradas sobre su lado de la mesa.

Pedro decidió entonces tomarse el mate y lo hizo despacio, mientras Claudia observaba como Franco y Violeta regresaban del patio y Laurita hacía lo propio del baño de servicio.

-Ya podemos bajar los bolsos y llevarlos a las habitaciones -dijo Violeta a Claudia apenas se arrimó a la mesa junto a la que se quedó parada, esperando una pronta respuesta, y golpeando la punta de su pie cubierto por una sandalia con suela de madera contra el piso de cerámica-. Fran ya me dio las llaves. ¿Vamos?

-¡Dale! -respondió Claudia parándose con una agilidad felina y tomando su cartera que había dejado colgada en el respaldo de la silla.

-¿Por qué no van a instalarse en sus habitaciones mientras yo preparo unas pizzas para comer? -propuso Franco.

-Me parece bien -dijo Violeta.

-Justo le estaba diciendo a Pedro que el mate ya me había hecho agarrar un poco de hambre -señaló Claudia-. Vos Laurita, ¿querés comer?

-Como ustedes quieran. Por mí no se preocupen -sostuvo la adolescente parada junto a su silla y aguardando la próxima directiva de su madre para salir de esa situación que a ella le resultaba irremediabilmente soporífera, tal como le había querido hacer entender a su mamá cuando en los días anteriores le había reiterado que no quería ser parte del viaje porque era para “viejos”.

-Entonces vayan que yo voy preparando el almuerzo con Pedro.

-Pero no se van a poner a amasar... -indicó Violeta.

-No podríamos hacerlo aunque quisiéramos.

-Las pizzas las dejó hechas su mujer -añadió Pedro-. Sólo hay que ponerles salsa de tomate y mozzarella.

-Tu mujer es una santa, Fran. ¿Por qué no viene a comer con nosotros? -preguntó Claudia.

-Está ocupada en casa con los chicos. Además, no es de salir demasiado.

-¡Qué lástima!

-De todos modos -aclaró Franco-, lo mejor va a ser a la noche cuando ya estemos todos.

-Exacto.

-Y para la cena ya tengo reservado un menú mucho más atractivo. Ya van a ver.

-¿Y qué es?

-Sorpresa.

-Dale, decinos -insistió Claudia.

-Voy a cocinar un cazón al roquefort con papas al horno. ¿Qué les parece?

-¡Qué rico!

-Encima, es un cazón recién pescado. Fresco, fresco -explicó Franco mirando a Pedro y a Violeta.

-Vos sabés que a mi me gusta cualquier pescado. Así que por mí no hay objeción alguna. Por el contrario –asintió Pedro.

-Yo como lo que ustedes quieran –agregó Violeta, quien jugueteaba con las llaves de las habitaciones entre sus dedos.

-Y ya dejé unos buenos vinos blancos en la heladera para acompañar el plato principal.

-¡Excelente! -expresó Claudia frotándose las palmas de las manos-. Parece que hoy va a haber joda. En el buen sentido, me refiero –adhirió dirigiéndose a su hija.

-Bueno, ya está todo organizado, ¿vamos? -dijo Violeta, impaciente.

-¿Quieren que les de una mano para llevar los bolsos? -ofreció Pedro.

-No hace falta -dijo Violeta-. Tampoco es mucho lo que hay que cargar.

Sin embargo, Pedro sabía perfectamente que el volumen y peso del equipaje de cualquier mujer no se correspondía con la cantidad de tiempo que duraba la estadía. Por otro lado, ellas eran tres personas jóvenes y fuertes, y bien podían arreglárselas solas, sin la ayuda masculina, así que él se quedó en la cocina ayudando a Franco mientras Violeta, Claudia y Laurita se dirigieron hasta el auto para recoger los bolsos y llevarlos hasta las habitaciones: una doble con camas separadas para madre e hija y una simple para la conductora que se vio beneficiada con esa disposición ya que le tocó un futón de dos plazas.

-La verdad que no entiendo por qué no abriste la hostería al público en general. Con todos los turistas que vinieron este fin de semana a la villa te hubiera ido bárbaro - dijo Pedro a Franco después de que las mujeres se retiraron del restorán y ambos se quedaron solos en la cocina.

-A mí no me hubiera ido bárbaro, ¿o te olvidaste que este lugar ya no le pertenece a la familia?

-Tenés razón.

-¿Qué sentido tenía seguir trabajando para que los nuevos dueños se queden con todas las ganancias?

-Ninguno. Pero, al menos hubieras traído a algunos de los empleados para no tener que hacer todo vos.

-Los nuevos dueños ya rompieron todos los contratos con los empleados, así que no había otra opción. Suficiente que me dejaron utilizar el lugar para organizar esta reunión.

-Era lo menos que podían hacer después de todo.

-Eso lo decís vos, pero ellos no tenían ninguna obligación de prestarme nada. Lo hicieron de onda.

-Y hablando de onda... ¿qué onda Violeta?

-¿Qué onda?

-Te pregunto porque vos sos el que hasta ahora más trato tuvo con ella. ¿De qué hablaron?

-De todo un poco. Nada del otro mundo. Sólo nos pusimos al día. ¿Y vos con Claudia? Ojo con ella que no da puntada sin hilo, eh.

-Igual que vos.

-Mmm... -expresó Franco sonriendo y mirando a su amigo, expectante-. ¿Y?

-¿Y, qué?

-¿De qué hablaste con Claudia?

-¡Ah! -Pedro alzó su mano derecha por encima de su cabeza-. Simplemente nos contamos algunas cosas de nuestras vidas, pero nada muy personal.

-¿Le dijiste de tu mujer o te hiciste el sota?

-Le dije que estábamos atravesando un mal momento.

-Está bien. Es una respuesta sencilla que puede interpretarse de distintas maneras -opinó Franco, quien cortaba las mozzarella en finos listones, en tanto que Pedro sacó dos latas de cerveza de la heladera, las abrió y le pasó una a su amigo.

-Tampoco le mentí descaradamente porque es cierto que estamos mal, aunque debo reconocer que no le dije textualmente que estaba en pareja porque me referí a mi mujer como la madre de mi hija.

-¡Sos terrible, eh! -exclamó el cocinero meneando la cabeza y limpiándose las manos con un repasado-. Lo único que te pido es que no arruines este fin de semana armando quilombo con las minas, por favor.

-Quedate tranquilo. Me voy a portar bien -dijo Pedro y levantó la lata de cerveza para brindar con su amigo-. Yo sé lo que estoy haciendo.

-Eso espero -indicó Franco y luego se escuchó el ruido al choque de latas, el único sonido que en ese momento alteraba la paz y tranquilidad que reinaba en el restorán, al tiempo que afuera el viento arreciaba bajo el cielo gris-. Che, ¿tan mal estás con tu mujer? -preguntó el cocinero tras unas sonrisas.

-Creo que la separación es inevitable, amigo.

-¡Qué cagada!

-Y bueno... -dijo Pedro apoyando la lata de cerveza sobre el mostrador-. No todos tenemos una vida de pareja tan buena como la tuya.

-Ninguna relación es perfecta. Y menos la mía.

-Cierto.

-Quizás, antes de separarte tengas que aceptar que todas las relaciones tienen sus problemas.

-Me cuesta mucho.

-¿Por qué?

-Porque yo puedo aceptar que nada es perfecto, especialmente las relaciones de pareja, pero lo que no acepto es no intentar ser mejor día a día.

-¿No te estarás yendo por las ramas?

-No, Fran. Esto es va más allá de una pareja porque es esa búsqueda por mejorar lo que motiva a una persona.

-A veces hay que ser menos exigente y conformarse con lo bueno que uno tiene que, quizás, no sea lo mejor, pero tampoco es malo.

-Mirá: la perfección no existe, ya lo sabemos, pero hay que buscarla igual.

-¡Qué complicado! Dejá de hacerte la cabeza con esas ideas raras.

-No es raro, al contrario, es muy sencillo. En mi caso, por ejemplo, mi mujer no tiene esa actitud y se la pasa quejándose de todo en vez de hacer algo por mejorar la situación.

-Como que le falta ambición e iniciativa, ¿no?

-Algo así.

-Y bueno amigo, ¿quién dijo que la vida es fácil?

-Nadie.

-Por eso, mejor relajate y disfrutá de este fin de semana -señaló Franco y tras dejar la lata casi vacía sobre el mostrador colocó las pizzeras en el horno.

-¿Abro otras dos? -preguntó Pedro acercándose a la heladera.

-Y dale... Total, con este clima no creo que salgamos a dar vueltas con el auto.

-Lo dudo mucho -afirmó Pedro y sacó dos latas de cerveza bien frías-. Además, todavía falta para comer y hay que engañar al estómago.

Los dos amigos rieron con fuerza y volvieron a brindar.

-Voy a poner un poco de música para ir preparando el ambiente para cuando las mujeres vuelvan, ¿qué te parece, Fran?

-Me parece bárbaro, Pedrito. Pero, igualmente, vayamos un poco más despacio que todavía es temprano.

-Tenés razón. Ya estamos grandes y tenemos que conservar mejo nuestras energías -Pedro le guiñó un ojo a su amigo, bebió un sorbo de su cerveza e hizo la lata a un lado.